

# MARIANO AGUAYO, ARTISTA DE LA PALABRA

Rosa Luque Reyes

Académica Numeraria

Discurso de ingreso como Académica Numeraria pronunciado el 2 de mayo de 2024

## RESUMEN

### PALABRAS CLAVE

Escritor.  
Pintor.  
Articulista.  
Novela.  
Palabra.

Mariano Aguayo es un pintor cordobés conocido especialmente por lienzos amables en los que reina un universo propio en torno a la naturaleza y la caza. Sin embargo, está más difuso su perfil como escritor, faceta que siempre le entusiasmó más que la de artista plástico. Más de veinte libros de relatos y novelas, además de una larga trayectoria como articulista en prensa, avalan el recorrido literario de este nonagenario enamorado de la palabra, de la que se sirve para recrear vocabulario y costumbres de una Córdoba a punto de desaparecer.

## ABSTRACT

### KEYWORDS

Writer.  
Painter.  
Columnist.  
Novel.  
Word.

Mariano Aguayo is a painter from Córdoba, particularly known for his gentle canvases in which a unique universe centred around nature and hunting prevails. However, his profile as a writer, a facet in which he has always been more enthusiastic than as a plastic artist, is more diffuse. More than twenty books of short stories and novels, as well as a long career as an articles writer in the press, guarantee the literary course of this nonagenarian in love with words, which he uses to recreate the vocabulary and customs of a Córdoba that is on the verge of disappearing.

Excelentísimo Señor Director,  
Ilustre Cuerpo Académico,  
Autoridades,  
Queridos familiares y amigos,  
Señoras y señores.

**M**is primeras palabras han de ser de enorme gratitud hacia los académicos y académicas de esta noble y bicentenaria institución, y especialmente hacia los señores numerarios que me propusieron, don Manuel Peláez

del Rosal, don Rafael Vázquez Lesmes y don Diego Medina Morales. Espero no defraudar su confianza ni la del resto de compañeros, y servir con entrega e ilusión en cuanto pueda requerirse de mí en todo momento.

Debo confesarles que la alegría que me produce el acceso a la nueva condición de numeraria se ve empañada por la tristeza de que tal honor tenga su origen en la marcha de este mundo —no así del literario, ni del corazón de cuantos le quisimos— de un gran académico y amigo entrañable, el abogado y escritor don Rafael Mir Jordano, hombre vehemente aunque con un hondo lirismo de alma que impregnaba todas sus acciones. Y fueron muchas, porque era persona de múltiples saberes y quehaceres, y entre todos ellos se imponía uno: beberse la vida a tragos largos y ser todo lo feliz que le permitieran los zarandeos de la existencia. La suya, fructífera y larga, se quebró para siempre a los 92 años justo tal día como ayer, el 1 de mayo de 2023; y a Córdoba, su amada ciudad, la dejó huérfana de su impulso y entereza, rasgos de carácter que acompañaron a Rafael Mir desde la infancia. Alguna vez me contó que con nueve años se montó una biblioteca con un cajón donde acopló sus libros, y siendo aún bachiller ya daba conferencias. Tenía 16 años cuando se le ocurrió mandar un artículo a la *Hoja del Lunes* que el director le agradeció aunque no se lo publicó. Sin embargo debió de gustarle tanto la ocurrencia que desde entonces no cesó de colaborar en el diario *Córdoba* hasta pocos días antes de su muerte, ni de vivir deprisa e intensamente.

Era avaro con el tiempo y, según decía, lo aprovechaba hasta en sueños. Sólo eso explica las numerosas facetas de este cordobés «de nacimiento, residencia y ejercicio», tal como se presentaba en su página web. Fue, siguiendo la tradición familiar, un jurista de prestigio que encauzó buena parte de su experiencia hacia la enseñanza, pues además de haber sido profesor de Derecho en la UCO, en su bufete se formaron muchos abogados que hoy siguen admirando al maestro. Apasionado por la cultura, que dirigió institucionalmente como primer delegado provincial de la democracia (1078-79), fundó de joven revistas literarias como la madrileña *Arquero* o *Revista del Mediodía*, y colaboró muy activamente en la creación del recordado cine-club del Círculo de la Amistad y de las Primeras Conversaciones Nacionales de Teatro celebradas en dicha entidad (1963). Como académico numerario —condición que adquirió en 2002 aunque había sido correspondiente desde 1967— aportó lo mejor de sí, brío y conocimientos.

Pero además, puesto que nada de lo humano le era ajeno, le gustaba lo mismo perderse en un safari por África cual aventurero de película, siempre

echado para adelante y seductor, que disparar con su cámara fotográfica, disfrutar las buenas faenas taurinas y hasta sufrir en las tardes de fútbol, llegando a formar parte por un tiempo de la directiva del Córdoba CF cuando estaba en primera. Sin embargo, Rafael Mir Jordano fue y se sintió esencialmente escritor. De pluma fértil y rápida, movida a golpe de punzante inspiración, abordó géneros tan dispares como el columnismo, la novela, el teatro, el ensayo y, por encima de todo, el cuento y el relato breve o brevísimo, donde brilló con luz propia. En cuanto tocó dejó fijada su palabra clara, ingeniosa y contundente, siempre amparada con las armas de la razón y la independencia. También mostró excelentes dotes de observador y, sobrevolando sus mil caras, un placer por la vida que junto a su amor por la escritura, un cordobesismo del bueno y hasta sus aficiones cinegéticas y taurinas lo emparentan, y ya es curioso que el azar los haya reunido aquí, con el personaje objeto de estudio de este discurso, Mariano Aguayo.

\*\*\*

Mariano Aguayo es sobradamente conocido como pintor, acuarelista y escultor, pero lo es menos como escritor, cuando es de justicia decir, así, en un titular resumido de toda una larga vida de 92 años, que Aguayo es también un artista de la palabra. Con este trabajo que presento intentaré arrojar más luz sobre una obra que supera la veintena de libros, entre ellos cuatro novelas extraordinarias, relatos, ensayos y artículos de prensa. Una densa trayectoria con destellos de autor de altura cuyo fulgor ha quedado opacado por el éxito comercial del pintor de amables escenas cinegéticas que literalmente le quitaban de las manos; el creador que, ya octogenario, se reinventó volviendo a sus comienzos cercanos a las vanguardias cuando, allá por los años sesenta del pasado siglo, Córdoba empezó a abrazar la contemporaneidad.

Coincidió tan sorpresivo viraje artístico con otro giro vital, pues la suerte, la mala suerte en forma de ictus, segó para siempre en 2011 la cosecha literaria de quien había enhebrado frases con soltura desde joven sólo por puro desahogo y diversión, que en realidad es lo que, cuenta él, ha movido todos sus pasos. Pero el Mariano Aguayo escritor —no así el pintor, que a su edad sigue plantándose ante el caballete—, el Aguayo artista de la palabra calló de pronto y para siempre. Estas páginas que siguen pretenden devolverle de algún modo la voz perdida. Y como no soy filóloga ni crítica literaria lo haré a mi manera, que es la modesta aproximación del periodista a un personaje.



Catálogo de la exposición antológica en la Sala Vimcorsa (2023).

Antes de nada, por situarnos, acerquémonos al ser y al sentir de este hombre noble de cuna y por talante, un señor de elegantes maneras y cabal, «de los cultivadores de la seriedad cordobesa», como lo definió Fernando Carbonell<sup>1</sup>, presidente del Círculo de la Amistad allá por los años sesenta del pasado siglo, cuando Aguayo empezó a hacerse notar con un estilo pictórico de vanguardia. Eso, lo de cultivador de la seriedad cordo-

<sup>1</sup> CARBONEL, Fernando: «Ante la segunda muestra de arte contemporáneo de Córdoba». En diario *Córdoba*, 24 de mayo de 1959. Artículo citado por PÉREZ VILLÉN, Ángel L. en «A propósito de Mariano Aguayo. Una década prodigiosa: la obra de los sesenta», dentro del catálogo de la exposición antológica *Mariano Aguayo. 1961-2023*, abierta en la Sala Vimcorsa durante el verano de 2023, la última hasta ahora. Edición del Ayuntamiento de Córdoba, Delegación de Cultura y Patrimonio Histórico. Córdoba, 2023, p. 13.

besa, se traduce entre otras cosas en ser hombre de palabra ajustada en el decir y sólo cuando se le pregunta. Ni siquiera de las solapas de sus libros puede extraerse más información que la relativa a los títulos publicados y las exposiciones realizadas —en salas de Madrid, París, Toulouse, Lisboa, San Diego o Johannesburgo entre otras, además de las de Córdoba, aunque no son objeto de nuestro estudio—. Todo lo más, se mencionan algunos premios conseguidos. Pero nada de su vida salvo el recuerdo recurrente de su pasión por la caza, o más bien los lances y tipos que envuelven a la montería, llevados una y otra vez a su obra plástica y literaria. De manera que si uno quiere conocer datos biográficos —de él o de sus antepasados— y episodios vitales, de éstos que van configurando el carácter de una persona, hay que acudir a las entrevistas que se le han hecho a lo largo de los años, algunas de ellas firmadas por esta periodista, por lo que habrá de perdonárseme las autocitas.

#### APUNTES BIOGRÁFICOS

---

Mariano Aguayo Álvarez nació en 1932 en Córdoba, aunque por razones azarosas. Su familia poseía hondas raíces en esta capital, y venir al mundo en ella hubiera sido lo lógico. Pero el padre, perito agrícola, trabajaba para la Asociación de Ganaderos del Reino y tuvieron que asentarse durante unos años en Palma del Río, que bien podría haber sido su patria chica si no fuera porque desde allí regresó a Córdoba su madre el tiempo justo para darle a luz asistida por el marido de una hermana, el recordado doctor Emilio Luque. Aparte de su tío médico, de cuya fama da idea la céntrica plaza que la ciudad le dedicó, este señor discreto —aunque a la hora de hablar o escribir no se callaba una— atesora en su árbol genealógico un buen ramillete de apellidos de alcornia. Entre otros el suyo, que da nombre a la plaza de los Aguayos por el palacete que ocupa en su número 3 el colegio de las Francesas, antigua casa señorial de este linaje.

La línea materna carecía de títulos, pero suplió la plebeyez con la aristocracia de la ciencia y el estudio, teniendo también participación en política. Su abuelo, el industrial Eduardo Álvarez de los Ángeles, fue senador, y siendo alcalde de Córdoba propició la construcción del mercado de hierro que se inauguró en 1896 ocupando buena parte de la plaza de la Corredera, entonces un dechado de modernidad. Forman también parte de la rama materna su bisabuelo Teodomiro Ramírez de Arellano y Gutiérrez de Salamanca, autor de los *Paseos por Córdoba* y director de la Real Academia cordobesa (1904-1909), y el hijo de éste, Rafael Ramírez de Are-

llano y Díaz de Morales, vinculado igualmente a esta institución y cofundador de la Academia de Toledo, de la que fue su primer director en 1916.

Recordaba todo esto Aguayo para explicar sus «genes de académico» con ocasión de la lectura, en 1993, del discurso de ingreso en esta casa, sección de Bellas Letras, como correspondiente con residencia en Córdoba, que tituló «Mi propia obra»<sup>2</sup>. Y así respondía en la última conversación que mantuvimos para el diario *Córdoba* en enero de 2011, pocos meses antes de que el ictus lo azotara, a la pregunta de si había marcado su vida el tener parientes tan ilustres:

Conocer a tu ascendencia casi desde Don Pelayo no es para que te envanezcas porque tú no has movido ni un dedo por lograrlo. Pero tiene cierto sabor entre romántico y nostálgico saber que eso está ahí. El apellido Aguayo se remonta a unos hermanos godos que servían a Don Pelayo en la Reconquista. Así que, procedente de Santander, la familia llegó a Córdoba con San Fernando. Yo lo sé y ya está, no hay más<sup>3</sup>.

Pero pertenecer a una familia de alto copete —y emparentar con otra saga histórica vía matrimonio, ya que se casó con Fernanda Fernández de Córdoba, descendiente del Gran Capitán— no siempre garantiza una economía saneada. Cuarto de siete hermanos, Mariano Aguayo recordaba en la citada entrevista una infancia con estrecheces, propia del niño de postguerra que fue. Siendo alumno del colegio de las Irlandesas y después del de los Jesuitas en Sevilla, donde vivía en casa de unos tíos, a falta de mayores recursos se hacía él mismo los juguetes de barro, lo que además de evidenciar una niñez sin privilegios demuestra su precoz inclinación artística. No así hacia el estudio, pues reconoce haber sido un mal estudiante, aunque leía todo lo que encontraba. «En casa no sobraba nada —afirmaba en aquella entrevista—. Tuve que empezar a trabajar desde muy jovencito porque mi padre no podía costearme una carrera en Sevilla o Madrid, y en Córdoba se podía hacer Veterinaria y nada más»<sup>4</sup>. Se empleó en un banco

<sup>2</sup> AGUAYO ÁLVAREZ, Mariano: «Mi propia obra». *Boletín de la Real Academia de Córdoba* (BRAC), 124, enero-junio 1993, pp. 95-99. Es su carta de presentación en la Real Academia de Córdoba, donde había sido nombrado correspondiente el 6 de febrero de 1992.

<sup>3</sup> LUQUE, Rosa: «Córdoba ha dado la vuelta a su mentalidad como un calcetín, y creo que para mal», entrevista publicada en el periódico *Córdoba*, dentro de la serie dominical «La memoria viva de Córdoba», el domingo 30 de enero de 2011, pp. 18-20.

<sup>4</sup> *Ibid.*: p. 19.



Mariano Aguayo posa en el salón de su casa, a principios de 2024, ante el retrato que hizo a Fernanda, su esposa, en 1969.

y acabó de director de una sucursal, hasta que un infarto le cambió la existencia. Se despidió para siempre del mundo de las finanzas, que nunca le gustó, y se lanzó a hacer lo que le diera la gana. O sea, que empezó a vivir del arte. A «vivir bien y despacito», vocación que ha llevado a rajatabla y hasta dio título a uno de sus libros.

## VIVIR DEL ARTE

Aunque Aguayo siempre se consideró un pintor autodidacta, en realidad no lo fue del todo. Estudió algún tiempo en la Escuela Superior de Bellas Artes, si bien más de una vez ha recordado que el aprendizaje del oficio se debió a otras circunstancias. Así se lo contaba a Alfredo Lidón en una entrevista publicada en *El Día de Córdoba*<sup>5</sup>:

Mi familia era muy amiga del artista Rafael Serrano, que fue el que realmente me enseñó el oficio clásico y tradicional de pintor, desde los pasos más básicos como la preparación de un lienzo. Era un amante de lo que se conoce como 'la cocina de la pintura'. Yo había dibujado desde pequeño, pero no empecé a pintar hasta los 18 o 20 años. Era una época en la que, por determinados prejuicios sociales, no podías decirle a tu padre que querías ser pintor. Contra mi voluntad, tuve que dedicarme a otras cosas al margen de la pintura.

Empezó al inicio de los años sesenta haciendo una pintura subjetiva, una abstracción muy de vanguardia, y aunque siempre fue por libre, sin adscribirse a corrientes o cenáculos<sup>6</sup>, formó parte por entonces de la recién fundada Asociación de Artistas Plásticos, que se reunían en el Círculo de la Amistad, a la que también pertenecían creadores como Paco Aguilera o los miembros del Equipo 57. Córdoba, y el Círculo en concreto, bullían en ansias de rozar la modernidad, y a Aguayo, que ejercía en la entidad de dinamizador cultural —participó en la organización del famoso Salón

<sup>5</sup> ASENSI LIDÓN, Alfredo: «Que la caza no esté bien vista es un contrasentido cultural», entrevista publicada en *El Día de Córdoba* el domingo 17 de noviembre de 2002.

<sup>6</sup> LUQUE, Rosa: «Mariano Aguayo: el círculo se cierra», artículo de opinión publicado en el diario *Córdoba* el jueves 29 de junio de 23, a propósito de su exposición antológica en la Sala Vimcorsa, en el que, haciendo balance de toda una vida dedicada a la creación, se incide en la condición de Aguayo de «artista a su aire» en estos términos: «Todas estas etapas creativas (...) las ha desarrollado con placer y ganas, porque se lo pedía el cuerpo y pensaba que se lo debía a sí mismo —no ha sido Aguayo amigo de mortificaciones—. Lo hizo al margen de corrientes y camarillas que nunca frecuentó, porque, aristócrata de cuna y talante, una especie de Gatopardo en extinción, prefería volar en solitario a someterse al dictado de los otros».

Córdoba de 1964— al tiempo que se afianzaba en un estilo informalista, lo seleccionaban para participar en exposiciones por todo el país. Hasta que dejó de ver claro el panorama y abandonó la pintura, según él mismo me confesaba con cierta nostalgia de lo que pudo ser y no fue, «por aburrimiento».

Ya no sabía por dónde tirar. Me quedé en el grupo El Paso, la buena abstracción, pero a partir de ahí no supe por dónde romper en las galerías, en una época en que todos hacían formas raras que no hubieran hecho los demás y yo no estaba dispuesto a ello, ni a irme a París a darme la paliza —admite con fina ironía—. Eso me cerraba las puertas al mundo de la pintura de vanguardia, y como tampoco vendía nada, cerré el quiosco<sup>7</sup>.

Así que se olvidó de su participación en muestras como la de 1961 en la galería Céspedes del Círculo de la Amistad, que quedó en la pequeña historia artística de una ciudad que luchaba por sacudirse la grisura y vestirse de colores, y otras nacionales e internacionales que se sucedieron sobre todo entre 1963 y 1964<sup>8</sup>, y al finalizar la década decidió dar carpetazo al arte. Lo retomó 16 años después, en 1985, tras la sacudida del infarto, pero este Mariano Aguayo ya no era el mismo. Había cambiado su estilo impresionista y conceptual por un realismo amable. Y amplió su campo de trabajo a la acuarela, el grabado, la escultura y el mural en azulejos. Y todo ello movido por nuevos intereses artísticos y personales que, al mismo tiempo que abrazaban el arte figurativo, lo conducían hacia un giro radical en la temática. Pintó paisajes y bodegones, que siempre le han gustado con independencia del tratamiento plástico que les diera; también figuras humanas arraigadas en una naturaleza serena.

Pero se hizo especialmente conocido entre una clientela fiel por sus escenas de montería y sus perros de rehala, podencos andaluces de una plástica muy hermosa a los que ha sabido otorgar con el pincel fuerza y ternura como nadie. Todo ello le fue granjeando que en determinados ambientes artísticos —que como en todos los terrenos se tiende al encasillamiento— se le tildara no sin cierto desdén de «pintor cinegético». Un *título* que este hombre tranquilo, fino y afable hubiera considerado una ordinariéz rebatir a nadie. Se limitaba a definirse si se le tiraba de la lengua como «un

<sup>7</sup> LUQUE, Rosa: «Córdoba ha dado la vuelta ...», ent(revista) cit(ada), p. 19.

<sup>8</sup> PÉREZ VILLÉN, Ángel L.: «A propósito de Mariano Aguayo...», art. cit., pp. 12-17, donde el crítico de arte desarrolla ampliamente el perfil plástico de Aguayo en su primera época.

urbanita apasionado por el campo»<sup>9</sup>, además de un cazador encantado de serlo —aun sabiéndose a contracorriente de los tiempos<sup>10</sup>— aunque no pintara o modelara a nadie pegando tiros sino disfrutando de las delicias de la Sierra cordobesa.



*Rehala descansando*, 2013, 60 x 38 cm. Óleo sobre tabla.

Y de este modo, pintando lo que le apetecía, hubiera seguido probablemente de no ser porque un nuevo aviso del cuerpo hizo que volviera a reinventarse. Nace entonces otro artista, más entroncado con la neofiguración de los orígenes, e incluso con la temática de entonces, allá por la época (1965) en que creó el famoso cartel inaugural de la plaza de toros de Los Califas, que hizo historia en la cartelería taurina. Lo demostró en 2013, cuando bajo el título *La Fiesta*, expuso en la galería Carmen del Campo una obra en la que se mostraba un artista mucho más sofisticado.

<sup>9</sup> MORENO, Aristóteles: «Córdoba es una ciudad resignada», entrevista publicada en el diario *Abc* el domingo 19 de diciembre de 2010, pp. 58 y 59.

<sup>10</sup> ASENSI, Alfredo: «Que la caza no esté bien ...», ent. cit. En ella se expresa en estos términos respecto a la crítica que suscita en algunos sectores la actividad cinegética: «La caza está presente a lo largo de la historia de la pintura y de la literatura. La cultura de la caza es importantísima, pero por algunas circunstancias (quizá la culpa la tenga Walt Disney por haber hecho *Bambi*) no está bien vista. Esto es un contrasentido cultural. Ahí están el Infante Don Juan Manuel y el rey Alfonso XI, entre tantos otros, escribiendo de caza».

Un pintor de pincelada muy elaborada y un estilo abierto —escribí por aquel entonces— que, si no a la manera netamente cubista, recurre a manchas cercanas a la abstracción para presentar toros, toreros y aficionados que ponen un toque animado, hasta divertido en ocasiones, donde otros se desangran en dramatismo taurómico<sup>11</sup>.

Mansos toros azulones y toreros con un toque naif que dan cuenta de las preferencias taurinas de Aguayo, no tan pendientes de la lidia como de una cuestión estética, desde el traje de luces a la postura del toro o el comportamiento del público en el tendido. Y así, sin tremendismo<sup>12</sup> en la vida y el arte, sin dejar de acudir a su pulcro estudio de la calle Doctor Barraquer salvo para entrar y salir de los hospitales, ya nonagenario se propuso seguir rodeándose, con pulso firme, de alegría y color hasta el final.

### LA ESCRITURA, UNA DEDICACIÓN TARDÍA

---

Mariano Aguayo siempre ha manejado con igual soltura el pincel que la pluma, «que convierte en un bisturí para diseccionar su ciudad» a decir del periodista Aristóteles Moreno<sup>13</sup>. Y es en esta faceta, la literaria, donde a mi entender no se le ha hecho justicia. Quizá la respuesta resida en parte en la pregunta que se hace Alfonso Cost, también artista plástico y escritor, de «¿por qué a los ciudadanos de a pie se nos olvida tan a menudo que la literatura es una más de las Bellas Artes?»<sup>14</sup>.

También ha debido de influir esa manera de ser suya de quitar importancia a todo lo que emprende. Ignoro si se vendieron muchos o pocos ejemplares de sus libros, aunque al menos en los relacionados con la caza, que son muchos, me consta que ha tenido lectores fieles. Pero sí sé, porque no he encontrado apenas referencias a pesar de mis pesquisas, que en

---

<sup>11</sup> LUQUE, Rosa: «Mariano Aguayo. Volver a empezar», artículo publicado en *CÓRDOBAexpone*, revista de la galería de arte cordobesa Carmen del Campo. Año 1, núm. 7, noviembre-diciembre 2013, p. 11. Dicha publicación coincidió con la exposición que Aguayo tituló *La fiesta*, abierta al público del 15 de noviembre de 2013 al 8 de enero de 2014.

<sup>12</sup> *Id.*: «El nuevo Mariano Aguayo», artículo publicado en el diario *Córdoba* el 12 de diciembre de 2013, p. 4. En esta columna se ahonda en el nuevo estilo del artista que entronca con sus comienzos: «No hace falta ser crítico de arte para adivinar que este Aguayo que rompe por completo con el verismo de cronista plástico que ha marcado su anterior obra ha decidido volver a nacer al arte estrenando un estilo abierto y sugerente que transmite optimismo».

<sup>13</sup> MORENO, Aristóteles: «Córdoba es una ciudad ...», ent. cit., p. 58.

<sup>14</sup> COST, Alfonso: «El color de las letras», en *CÓRDOBAexpone*, p. 3.

general la crítica ha ignorado la veintena de publicaciones del autor, tanto para ensalzarlas como para lo contrario. Un desdén que se compensa con el buen tratamiento que la prensa le dio siempre, lo mismo cuando ha expuesto que cuando daba a la imprenta una nueva criatura literaria. De ahí que buena parte de las fuentes consultadas como documentación y aquí citadas sean trabajos periodísticos. Y es que en los periódicos Mariano Aguayo se ha sentido como en su casa, y como a alguien cercano se le ha tratado. Por algo ha sido articulista durante décadas en el diario *Córdoba* y luego en el *Abc*, además de publicar también en revistas.

Al contrario que en la pintura, Mariano Aguayo inició su trayectoria literaria tardíamente; pero también es verdad que se sintió tan cómodo desde el principio enhebrando frases que esta nueva forma de expresar el arte que llevaba dentro llegó a su vida para quedarse —sin paréntesis como le ocurrió en la pintura— hasta que el infarto cerebral le arrebató la capacidad de escribir y hasta de hablar, aunque algo de expresión oral pudo recuperar trabajando con denuedo junto a un logopeda.

Hasta ese momento —que él asumió sin dramatismos, adaptándose a las circunstancias— explica su hijo Mariano que el padre «tenía el corazón puesto en la escritura y la cabeza en la pintura». Y añade Fernando, segundo de sus tres hijos (el tercero es Ricardo) y también pintor, que «al no poder seguir escribiendo, ha puesto toda su experiencia al servicio de la pintura, con la alegría de poder expresarse»<sup>15</sup>.

### Mariano, Mariano & Fernando



Aguayo, entre sus hijos Fernando (izda.) y Mariano. (Foto *CÓRDOBAexpone*).

<sup>15</sup> AGUAYO ÁLVAREZ, Mariano, AGUAYO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Mariano y AGUAYO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Fernando: «Mariano, Mariano & Fernando», conversación a tres voces entre padre e hijos en *CÓRDOBAexpone*, pp. 18-19.

Pero íbamos por sus comienzos literarios, que tienen la fecha de 1986 aunque la escritura rondaba sus sueños desde mucho antes. Porque Aguayo escribía para sí mismo desde muy joven, poesía y pequeños relatos a modo de desahogo letraherido, sin pensar en publicarlos. A pesar de la diferencia de edad, entabló amistad con los miembros del grupo Cántico, sobre todo con Pablo García Baena, Ricardo Molina y el pintor Miguel del Moral. A éste solía visitarlo en su estudio de la calle de la Hoguera, convertido cada 24 de diciembre, como aún se recuerda en la ciudad con nostalgia, en un foro donde la Córdoba intelectual y artística cantaba villancicos en torno a un belén. Algo parecido a la costumbre que luego instituyó García Baena en su casa de Obispo Fitero, pero en su caso con visitas reducidas que no decaían en toda la Navidad.

El caso es que animado por éstos y otros amigos, entre ellos el grupo madrileño en torno a Pedro González Arispe y la editorial La Trebere, aprovecha la libertad personal recobrada tras el infarto que cortó en seco su carrera como alto empleado de banca no sólo para volver a la pintura sino para decidirse a sacar a la calle sus escritos. A partir de entonces se echa en brazos de la literatura con verdadera pasión de amante. Así lo reconoce su hijo Mariano, quien opina que a su padre «le ha gustado mucho más escribir que pintar» y que «la pintura fue su medio de vida, y la escritura su afición»<sup>16</sup>.

## EL ARTICULISMO, EN EL ORIGEN

---

Mariano Aguayo empieza a dar a conocer sus escritos como colaborador en la prensa local. Concretamente en el periódico decano de la provincia. Por aquel entonces, mediados los años ochenta del pasado siglo, presidía el consejo de administración del diario *Córdoba* su amigo Alfonso Castilla, quien, junto al director del periódico, Antonio Ramos Espejo, lo convencen para que se encargue de una página semanal en torno al mundo de la caza. Se trataba de un espacio en el que siempre fue a su aire y donde cabía de todo: entrevistas, comentarios, datos históricos o crónicas de lo que pasaba o dejaba de pasar en las monterías cordobesas. Por caber dio cabida hasta a un diccionario cinegético con vocablos rescatados pacientemente por Aguayo, que fue saliendo a pequeñas dosis en el faldón

---

<sup>16</sup> En estos términos se expresaba Mariano Aguayo hijo durante la última conversación en persona —le siguieron otras telefónicas— que mantuve con su padre en febrero de 2024, a la que nos acompañó.

de la página y que, luego recopilado en un libro, se convirtió en un vocabulario especializado de referencia en todo el país.

El Aguayo articulista se hizo pronto con lectores fieles —y no sólo provenientes del universo de la caza—, pues aportaba un profundo conocimiento del sector envuelto en una prosa cristalina y refrescante como agua de manantial que atrajo desde el principio a un público heterogéneo.

El eco de los artículos del *Córdoba* llega pronto a Madrid, concretamente a la revista mensual *Trofeo*, decana de caza y de ámbito nacional. Dicha publicación le ofrece en 1987, un año después de iniciar su colaboración en el *Córdoba*, hacerse cargo de otra página de reportajes ilustrados por el propio Aguayo. Se publicó con el epígrafe genérico de «Mi rincón», y acabó mereciéndose los honores de la contraportada. Más de dos décadas la mantuvo, sin dejar por ello de escribir esporádicamente en otros medios especializados como *Caza y safaris*, *Federcaza*, *Perros de caza* y *Linde y Rive-ra*. Y todo ello sin abandonar el periódico que lo descubrió.

Lo que sí ocurrió fue que, con el tiempo, al desaparecer del rotativo la página cinegética que había destapado las excelentes dotes literarias de Aguayo, éste se volcó en columnas donde escribía de lo divino y lo humano, siempre con Córdoba y sus gentes como telón de fondo porque antes que nada hay que decir que nuestro hombre ha sido un cordobés encantado de serlo. Las mismas columnas que a finales de los años noventa —cuando se sintió menos querido por su periódico de toda la vida— se acabó llevando al diario *Abc*. Allí disfrutó también de una excelente acogida por parte de los lectores, si bien su paso por esta cabecera fue fugaz.

---

## DEL PERIÓDICO AL LIBRO

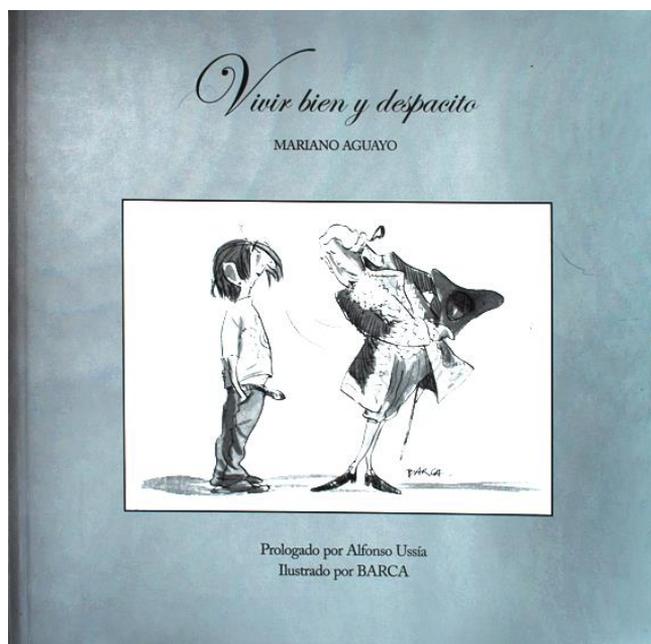
---

Algunos de esos artículos recibieron premios literarios, como el Jaime de Foxá del Real Club de Monteros en su edición de 1999<sup>17</sup> por un artículo del *Córdoba*. Otros tuvieron una segunda vida en formato de libro.

---

<sup>17</sup> Mariano Aguayo ha recibido diversos premios a lo largo de su dilatada trayectoria: el Premio Carlos III de la Real Federación Española de Caza en 2000; distinguido como Rehalero del Año por la Asociación Española de Rehalas en 2002; el Premio a la Personalidad Venatoria 2005 concedido por la Diputación de Córdoba en el marco de Intercaza y el Premio Federcaza ‘Arte y Cultura’, de la revista del mismo nombre, en 2023.

Así, la editorial Otero, que está detrás de gran parte de la publicación de la obra del escritor, publicó en 2003 una recopilación de textos aparecidos en el diario *Córdoba* —que nada tienen que ver con la caza—, bajo el título de *Vivir bien y despacito*<sup>18</sup>. De este modo resumía Aguayo en una portada —ilustrada como cada capítulo con la chispa e ironía del dibujante BARCA— lo que más que un título es un lema existencial, el suyo. Hasta el punto de que con él encabezó otra de las entrevistas que se le han hecho, en este caso firmada por Aristóteles Moreno en el *Abc*<sup>19</sup>. Son artículos costumbristas, llenos de frescura y buen humor —envueltos en fina ironía que nunca llega a ser ácida—. Alfonso Ussía, que prologa la obra, la define así: «Es un libro de costumbres sutil, perspicaz, sonriente y, como es de rigor, bien escrito». «Eso que el papanatismo considera viejo y deshabitado —continúa— y que cada día que pasa es más nuevo, habitado, moderno y sorprendente, siempre que vaya de la mano del talento»<sup>20</sup>.



*Vivir bien y despacito* (2003).

<sup>18</sup> AGUAYO, Mariano: *Vivir bien y despacito*. Con prólogo de Alfonso Ussía e ilustraciones de BARCA. Madrid, Otero Ediciones S.L., 2003.

<sup>19</sup> MORENO, Aristóteles: «He vivido bien y despacito», entrevista publicada en la edición cordobesa del diario *ABC* el domingo 3 de julio de 2022.

<sup>20</sup> USSÍA, Alfonso: Prólogo de *Vivir bien...*, *op. cit.*, pp. 9-11.

Con una cuidada edición, el lector halla narraciones breves en las que el buen observador que siempre ha sido Aguayo, al igual que le sucederá en las novelas, recrea, a veces con nostalgia de otros tiempos, una Córdoba que se extingue; con sus tipos, sus tradiciones y su vocabulario popular, ése que tiende a atrofiarse, si no a desaparecer por completo arrastrado por el tsunami de la semántica postmoderna impuesta por la era de internet. Una Córdoba que sólo alguien como Aguayo podía inventariar para el recuerdo. He aquí, en el capítulo titulado «¿Quién me ha quitado mi patria?», una declaración de principios sobre ese cordobesismo que impregnará toda su obra: «Soy tan cordobés que, para mí, un día pasado fuera de Córdoba es un día perdido. Y no es que no me guste salir por España o a Europa, que me gusta. Lo que pasa es que cuando llevo una semana fuera de mi casa y mi estudio ya empiezo a mirar para atrás»<sup>21</sup>. Artículo tras artículo (son 25 en total), el autor desgrana con aire liviano —nunca ha sido Aguayo amigo de trascendencias— aspectos y circunstancias que forman el ser y el estar de los cordobeses ... y de los que no lo son, pues sabe dar vida con unas cuantas pinceladas bienhumoradas a personajes arquetípicos que a todos nos resultan familiares. Así describe al snob, «esa mosca social»:

Hay una clase de tío que, esté donde esté, no deja a nadie lucirse contando historias porque las suyas siempre son más importantes. Si uno cuenta que fue a los toros aquel día memorable, cuando Curro cortó dos orejas, él estuvo en la habitación del hotel ayudando a vestirse al maestro. Y si usted estaba en el tendido el día que mataron a Paquirri, él fue hasta el hospital al lado del conductor de la ambulancia. Su gloria está en ser coprotagonista donde sea, aunque no haga allí maldita la falta<sup>22</sup>.

Y esto es lo que piensa del pelmazo de tertulia:

Ese tío que nunca dice algo que le importe a nadie, que todo lo explica larga y detalladamente, que interrumpe con pamplinas impertinentes y que, al final, siempre comete el pecado mortal de introducir el tedio en la conversación<sup>23</sup>.

Y lo mismo entona una elegía por la ya desacostumbrada media botella de vino (renunciar a ella, lamenta, «es como beber el vino en taza. Y hasta ahí podíamos llegar»), que se ríe al comparar el generalizado tuteo impertinente con las costumbres de otros tiempos, no menos pasadas de rosca:

<sup>21</sup> AGUAYO, Mariano: «¿Quién me ha quitado mi patria?», en *Vivir bien...*, op. cit., p. 145.

<sup>22</sup> *Ibid.*: «El snob, esa mosca social», p. 163.

<sup>23</sup> *Ibid.*: «La tertulia», p. 18.

Antiguamente se aplicaban todos los tratamientos. Y se hablaba en tercera persona aunque, a veces, se dieran problemas gramaticales de concordancia en el género. Es clásica ya la anécdota de los años veinte atribuida a don Adolfo Pérez Muñoz, aquel obispo de Córdoba viejecito, socarrón y buenísima persona. Visitaba don Adolfo un pueblo de nuestra diócesis y el alcalde, que lo recibió junto con el párroco, se interesó por su salud.

-Su ilustrísima está muy desmejorada.

Y el buen obispo respondió sin inmutarse:

-Es que ha estado mala<sup>24</sup>.

Pero también aborda cuestiones más serias. Como una remembranza de la librería Luque en otros tiempos, de la que afirma que «fue el cuarto de estar de la cultura cordobesa de los cincuenta, aquel tiempo en que Pablo García Baena iba y venía con ejemplares de *Cántico* bajo el brazo repartiéndolos a los suscriptores». O una descripción detallada, en su estilo desenfadado, de la antigua plaza de la Corredera, corazón del centro de Córdoba cuando éste se situaba en el barrio de San Pedro, lo que ocurrió hasta bien entrado el siglo XX. «Alrededor de la gran plaza porticada se vendía, se trajinaba, se mendigaba, se fornicaba, se timaba, se predicaba, se delinquía»<sup>25</sup>, recuerda el escritor trazando un completo cuadro sociológico con apenas unos trazos.

## COSAS DE LA SIERRA

---

Otra compilación de artículos de Mariano Aguayo circula por ahí —poco, porque únicamente se imprimieron 90 ejemplares en edición no venal— bajo el título de *Textos líricos*. Se trata de un librito de capricho en todos los sentidos que es verdaderamente un regalo en forma de prosa poética. Recoge como curiosidad una columna aparecida en el *Córdoba* en 1994 bajo el epígrafe de «El nacimiento», especialmente querida por su autor, pero la mayoría de estos textos en los que se muestra a un Aguayo profundo y tierno se habían publicado entre el año 2003 y el 2005 en la revista *Trofeo*.

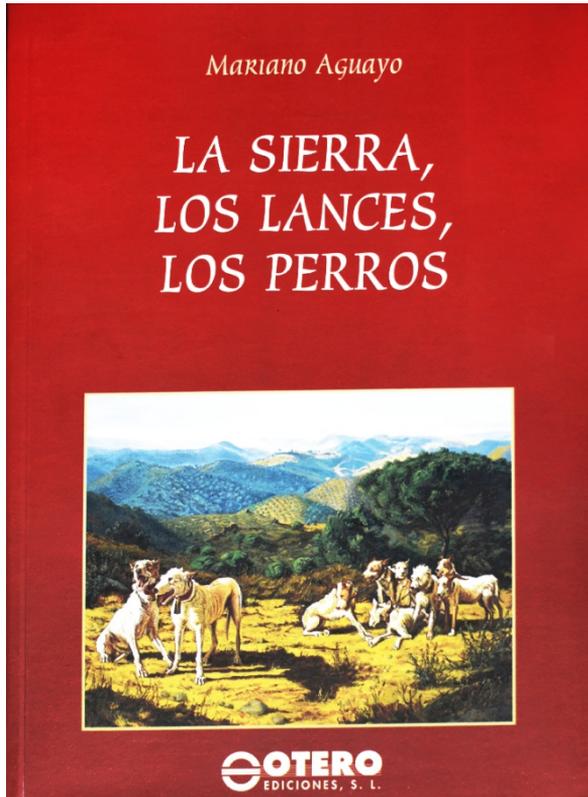
Más de veinte años como colaborador de la publicación madrileña han dado para mucho. Entre otras cosas, para otros dos libros que recogen

---

<sup>24</sup> *Ibid.*: «Del vuesa merced al tú pasando por el usted», p. 93.

<sup>25</sup> *Ibid.*: «La piel de la Corredera», p. 109. El tema de la Corredera es recurrente en la obra de Aguayo, que gusta de pasear a los personajes de sus relatos y novelas por la Córdoba más castiza.

otras tantas selecciones de artículos aparecidos en esta cabecera, que, por su seriedad y calidad literaria, viene a ser la Biblia de la cultura cinegética. La primera de estas obras, *La sierra, los lances, los perros*, salió de imprenta en 1998 publicada por Otero Ediciones, y dado su éxito tuvo una segunda parte en 2009, pero esta vez editada por Almuzara bajo el título de *Desde mi testero*.



*La sierra, los lances, los perros* (1998).

En estilo y propósito, este segundo libro es clara continuación del primero, constituidos ambos por piezas maestras de la narrativa venatoria, que no consiste sólo en hablar en cazadores, bichos y rehalas sino en insuflar aliento literario a personajes reales e historias protagonizadas por el autor o cuando menos presenciadas muy de cerca por él. Y siempre con la naturaleza como personaje principal. Así lo resume Aguayo, a modo de declaración de principios, en el prefacio de *La sierra, los lances, los perros*:

En esos días [de caza], desde que cargamos los bártulos hasta que volvemos a casa, hemos andado con las cosas que más apreciamos, con los hombres que queremos, con nuestros perros y en nuestra sierra bronca y generosa. Y yo no conozco una manera más intensa de vivir<sup>26</sup>.

Esta primera compilación de artículos relacionados con la montería —siempre la cordobesa, a pesar de que la revista donde se insertan es de ámbito nacional— consta de 50 capítulos divididos en cuatro apartados que coinciden con los del título más el que los antecede, dedicado a «la gente» que rodea la caza. Las entradillas están encabezadas por la reproducción de cuatro grabados al aguafuerte de Aguayo, quien, no olvidando su faceta artística, suele ilustrar los textos con dibujos de su cosecha. Curiosamente, dichos grabados se repartieron conjuntamente con los primeros 55 ejemplares del libro —del que se tiraron mil—, el primero de los cuales, marcado con la letra A, destinado a Su Majestad el Rey, y los cuatro siguientes (B,C,D,E) para Juan Jesús Cillán Patiño, presidente de Otero Ediciones —que siempre lo animó a seguir escribiendo— y a Mariano, Fernando y Ricardo, sus tres hijos. Los 50 ejemplares siguientes van marcados en números romanos del I al L. Caprichos estéticos de nuestro hombre y del mundo en el que se ha movido.

## RELATOS EN PRIMERA PERSONA

---

Ambos libros comparten un tono serio —aunque a veces sale el Aguayo suavemente burlón<sup>27</sup>—, incluso lírico en muchas ocasiones y abiertamente confesional, nutrido de anécdotas y vivencias personales. Contribuye a esta última característica el estar narrados casi todos los artículos en primera persona del singular, o todo lo más en la del plural cuando refiere

---

<sup>26</sup> AGUAYO, Mariano: «Una intensa manera de vivir», en *La sierra, los lances, los perros*, Madrid, Otero Ediciones S.L., p. 10. Se trata de un capítulo marcadamente autobiográfico en el que el articulista narra a tumba abierta los inicios de su afición a la montería a la vez que rinde tributo a la memoria paterna. «No tuvo que enseñarme mi padre a respetar a la gente del monte. El cariño y la admiración con que él hablaba de los perreros, guardas, postores y arrentines que aparecían en sus relatos con nombres propios y con cuyos recuerdos tanto gozaba, pusieron muy alta mi consideración por el hombre de sierra» (p. 9).

<sup>27</sup> *Ibid.*: Muy divertido es el capítulo «El tirachinas». Narra Aguayo la vez en que se presentaron en una montería él y su mujer, Fernanda —excelente cazadora— sin los rifles, que habían dejado olvidados en casa, y la guasa que el despiste levantó entre la concurrencia, empeñada en que lo contara en las páginas del *Córdoba*, como así acabó haciendo, aunque ahora lo recuerda para *Trofeo* (pp. 44-47).

sucedidos en los que participan amigos compañeros del monte o personajes ya desaparecidos a los que rinde recuerdo. Pero todos, vivos y muertos, sacados a colación con nombres y apellidos reales, por lo que los textos acaban siendo un catálogo impagable de quién es quién o lo ha sido en el universo cinegético cordobés; bueno, ellos y sus fincas, porque entre párrafo y párrafo queda trazado fielmente el mapa de los cotos de caza pasados, presentes y futuros. Algunos de esos personajes son bien conocidos, como por ejemplo Manuel Benítez *El Cordobés*, que lo invitó a cazar cochinos en la mancha de La Tierna y le confesó que las andanzas tras marraños o ciervas no entraban entre sus preferencias.

A mí esto no me interesa. Mira, tengo yo la casa de la finca de Lora llena de cuernas de venado muy bonitas. Bueno, pues todas regaladas. ¿Sabes qué pasa? Que es que no les doy. Lo intenté, y les apunté con ganas, pero no les doy. Y dejó de gustarme<sup>28</sup>.

A las relaciones entre caza y toreo —otra gran afición de Mariano Aguayo, aunque la ha llevado más a las artes plásticas que a la literatura— se dedican otros capítulos de *La sierra, los lances, los perros*. Como el de «Machaquito, un califa montero», en el que describe modos de casi la Belle Époque, «una época feliz para los aficionados», dice. O el titulado «La Jaralta», otro episodio de caza mayor en el que participaban diestros como Jesulín de Ubrique, José Luis Moreno y Francisco Rivera Ordóñez y que el escritor remata del siguiente modo:

Una vez más la montería sirvió para reavivar amistades. Esta vez uniendo dos aficiones que siempre han caminado en buen amor y compañía: los toros y la caza. La caza, que viene a ser, en invierno, algo así como el descanso del guerrero para muchos matadores de toros.

En unos episodios vuelve el Mariano zumbón que critica a los esnobs y su indumentaria («Ya ni recuerdo cuándo empezó la gente a vestirse de verde, o lo que es peor, de carros de combate», apunta con sorna en «Las mangas de Cayetano»). Y en otros añora recursos pasados como las caballerías, «Córdoba ha dado la vuelta parte entrañable de nuestra juventud», recuerda, para añadir más tarde con descripción pictórica:

A la mujeriega, encima del bastísimo aparejo con serones y hule, se contemplaban los barrancos, las solanas, los azulosos horizontes, los lejanos caseríos que blanqueaban en el verde agrisado de los chapas-

<sup>28</sup> *Ibid.*: «Con El Cordobés en la Tierna», p. 37.

rrales. Se conocían las fincas con sosiego, en silencio, sin motores, con delectación<sup>29</sup>.

Y está el Aguayo reivindicativo, el que se queja de la sed de los días más duros del verano, de las llamas que arrasan el campo:

Algún día, tras el último fuego, unas pocas tormentas arrastrarán las pocas tierras que queden en las laderas y nos quedaremos sin suelo. ¿Cuántos fuegos serán necesarios para conseguir un desierto? No lo sé. Pero, al paso que llevamos, quizás en pocas generaciones se puedan ver estos hermosos cerros sin madroñas, sin brezo, sin durillo ni chaparreras. Emigrarán las reses y los pájaros porque aquí no van a tener ni hambres. La última golondrina se irá para no volver<sup>30</sup>.

Aparecen también piconeros, furtivos, guardas, arrieros... gentes de un modo u otro relacionadas con la montería, sobre la que recorren la obra amplias pinceladas costumbristas que Aguayo fija en estas páginas para la historia:

La montería es casi una manera de vivir. O mejor, de convivir. Es tan importante contar a los amigos el lance que se tuvo en el agarre de un cochino como el lance mismo. Y, luego, los trasnoches. Las charlas ante una chimenea bien atiborrada de leña de encina, las discusiones con los guardas sobre la mancha que se va a echar (...). Y hablar de perros, que son el alma de la montería (...). Son conversaciones que huelen a pólvora, que tienen sonos de caracolas y trabucos, latidos de podencos y voces de perreros<sup>31</sup>.

## AROMA A CAMPO

---

En la misma prosa sencilla y rica a la vez, expresiva pero sin florituras literarias, está redactado el último libro aparecido hasta ahora con artículos de prensa, el ya citado *Desde mi testero*<sup>32</sup>, de 2009 como decíamos. Subtitulado «Cosas de la sierra» son, como se enuncia desde la portada, «notas de un cazador» aparecidas en la revista *Trofeo* en la primera década del siglo XXI con el propósito que el mismo Aguayo explica en uno de los capítulos, «Diez años en mi rincón»:

He intentado compartir con mis lectores mis vivencias: el mayido de un mochuelo en el crepúsculo; el crujir del pasto seco en el es-

---

<sup>29</sup> *Ibid.*: «Las caballerías», p. 83.

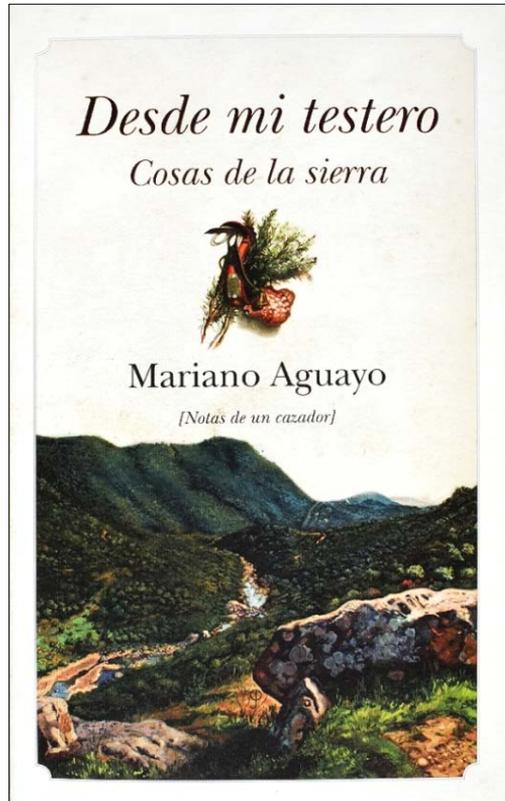
<sup>30</sup> *Ibid.*: «La sierra, como yesca», pp. 70-71.

<sup>31</sup> *Ibid.*: «Hornachuelos», p. 65.

<sup>32</sup> AGUAYO, Mariano: *Desde mi testero*. Córdoba, editorial Almuzara, 2009.

tiaje; el cabreo por fallar una res, la inefable satisfacción de echar a rodar un cochino... Todo narrado con la confianza y el lenguaje con que se habla a los amigos<sup>33</sup>.

Como en las anteriores recopilaciones, los textos —similares a los que les precedieron en temática y estilo literario, ligeros y breves—, no están fechados, lo que crea una laguna a la hora de documentarlos, pero refuerza su carácter atemporal. Una vez más, este libro respira aroma a campo, y nace, como explica el autor en una breve introducción, para rescatar «textos perdidos, colgados en el limbo de la memoria literaria». Son 77 los salvados del olvido, a los que se suman dos relatos inéditos que encabezan la selección, todos ellos ilustrados con dibujos a lápiz de Aguayo, quien también firma la acuarela de la portada.



*Desde mi testero* (2009).

<sup>33</sup> *Ibid.*: «Diez años en mi rincón», p. 188.

El primero de los relatos, «La Letro y el orégano» (2001), narra el emotivo encuentro entre el dueño de una finca —se supone que el mismo escritor— y un jubilado de la Sociedad Española de Construcciones Electromecánicas al que recoge en su coche cuando hacía autoestop. Y es que ya por entonces había desaparecido el famoso tren del Muriano, al que se evoca con nostalgia, en el que lo mismo viajaban cazadores que buscavidas dispuestos a patearse esos parajes en busca de espárragos, orégano o lo que pudiera ofrecerles la Madre Naturaleza, como es el caso del antiguo trabajador de la fábrica más importante que tuvo Córdoba durante muchas décadas del siglo XX. Así se la recuerda, una vez desaparecida para dar paso a otras industrias metalúrgicas, en boca del protagonista, y con ella el resto del escaso tejido empresarial con el que contaba la ciudad por entonces:

Tenía un nombre muy largo pero todos le decíamos la Letro. Es que era más fácil. Esa era la fábrica que había en Córdoba, porque las demás eran chicas. Estaba, sí, La Cordobesa, la fundición. Y otra que hacía cachuchos de cocina recubiertos de porcelana. Por Las Margaritas estaba y allí trabajaban muchísimas mujeres. Formaban al salir unas peloteritas... Cómo serían aquellas panteras que por Córdoba, cuando un tío era muy tío, se decía que tenía más cojones que las mujeres de la porcelana (...) Algo más había, pero poca cosa. La fábrica grande era la Letro, que tenía alrededor un barrio sólo para su gente. Con campo de fútbol y todo<sup>34</sup>.

El segundo relato inédito lleva por título «El agua» (2002), y narra un drama rural que, si bien nada tiene que ver con la caza, ayuda a conocer el ambiente de la sierra en tiempos no muy lejanos, cuando todavía era el sustento de cabreros y piconeros. La historia, con tintes sociológicos basados en abusos de poder y venganza, daba tanto de sí que fue el germen de la segunda novela del escritor, *El otoño de los jabalines*, como se verá más adelante. Luego, en sucesivos capítulos, el lector de *Desde mi testero* verá pasar las estaciones del año («Primavera», «La otoñada», «Días secos y fríos», «En verano»), fiestas («Navidades»), nostalgias («Los viejos tiempos», «La decadencia»), ritos monteros («El rezo», «La indumentaria») y hasta versos («Serranos poetas»). El libro se cierra con un capítulo dedicado a «La caza en las Artes y las Letras», donde ya desde las primeras líneas el autor reconoce:

---

<sup>34</sup> *Ibid.*: «La Letro y el orégano», p. 14.

Hoy la caza está mal vista socialmente. Tan es así que a cualquier libro u obra de arte que tenga la caza como motivo le será muy difícil hacerse un sitio en los ambientes intelectuales. Y, sin embargo, esto no es más que una moda. El Arte está tan ligado a la caza que en ella tiene su origen. En la sociedad primitiva, el cazador obligado a abastecer de carne a la tribu sentía el peso de la responsabilidad y convocaba a los animales objeto de sus deseos representándolos en las paredes de las cuevas. Y lo hacía con una técnica similar a nuestra actual pintura al óleo<sup>35</sup>.

## EN LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

BEI tema de cómo las artes plásticas y la literatura han puesto la mirada históricamente en el universo cinegético, donde siempre encontraron buenos argumentos, había sido tratado anteriormente por el autor en una de sus intervenciones en la Real Academia de Córdoba que tituló «La caza y el arte»<sup>36</sup>, ponencia con la que participó allá por 2007 en una Jornada sobre Naturaleza y Caza organizada por esta institución. Una coincidencia que nos lleva, entre el Aguayo articulista y el escritor de ficción que analizaremos más adelante, a establecer un paréntesis sobre su relación con la Academia de Córdoba. En su sección de Bellas Letras ingresa como correspondiente con residencia en Córdoba en 1992, si bien tras el ictus de 2011, que lo retira de la vida social y por tanto de la asistencia a las sesiones de esta casa, pasará a ser correspondiente por Málaga.

El inciso tiene una justificación nada baladí, pues nos introduce de lleno en el propósito que nos ocupa: el análisis de la obra literaria de quien es mucho más conocido como pintor que como escritor. Y es que el trabajo de ingreso de Mariano Aguayo en la Academia, que como ya está dicho tituló «Mi propia obra», consistió precisamente en eso, en explicar las motivaciones que lo arrastraron hacia el folio en blanco y cómo fue gestando los textos publicados hasta la fecha. Así que nada mejor que conocerlo de su propia voz:

Aparte de algún escarceo poético de los viejos tiempos de adolescente en los que también intenté, con verdadero candor, alguna na-

<sup>35</sup> *Ibid.*: «La caza en las artes y las letras», p. 199.

<sup>36</sup> AGUAYO, Mariano: «La caza en el arte», *BRAC*, 152, enero-junio 2007, pp. 63-66.

En la Jornada sobre Naturaleza y Caza donde se inscribe esta ponencia participaron también con sendos trabajos Rafael Mir Jordano, Francisco de Paula Sánchez Zamorano, Aniceto López Fernández y Juan Carranza Almansa.

rración de carácter histórico, nunca volví a escribir hasta hace pocos años. Y mi planteamiento fue sencillo. Narrar con naturalidad las cosas que más amaba. Sin análisis, sin búsquedas, sin elucubraciones. Simplemente. Escribí como jugando un par de relatos. Y los leyó Juan Luis González Ripoll y me empujó a seguir. No me pareció raro que fuesen de su gusto pues su prosa siempre me entusiasmó y reconozco a Juan Luis como un maestro, de cuya amistad e influencia me siento orgulloso<sup>37</sup>.

Se extiende a continuación sobre la temática de su obra, «bañada —señala— en la Naturaleza». Y apunta que la caza «quizá sólo sea un pretexto para la narración», para añadir que

muchas veces he meditado en lo que podríamos llamar la metafísica de la sierra que, en ocasiones, me ha hecho dejar la narrativa para ir directamente a una más pura forma de expresión. Cuando, no hace mucho, comenté con Pablo García Baena que andaba enredando con la poesía lo encontró muy natural porque, según él, ya venía haciéndola en muchos pasajes de mis relatos<sup>38</sup>.

También dedica espacio a los lectores, confesando que él, que durante toda la vida había buscado en la pintura su principal forma de expresión, quedó «sorprendido» de cómo se iban aceptando sus escritos, «ejercicios para los que no tenía una especial preparación —admitía— ni larga experiencia».

Y he llegado a la conclusión de que mi lector se reconoce en mis narraciones, a través de mi sencillez, de un lenguaje que es el suyo, de una expresión ausente de retorcimientos intelectuales. Mi lector y yo estamos al final del mismo camino, de nuestro amor por las cosas de siempre<sup>39</sup>.

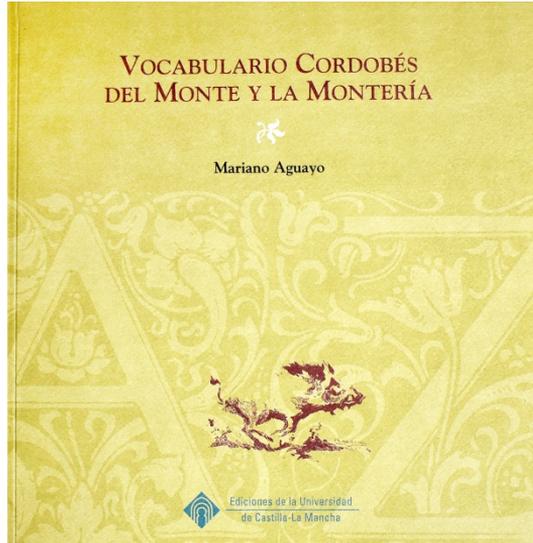
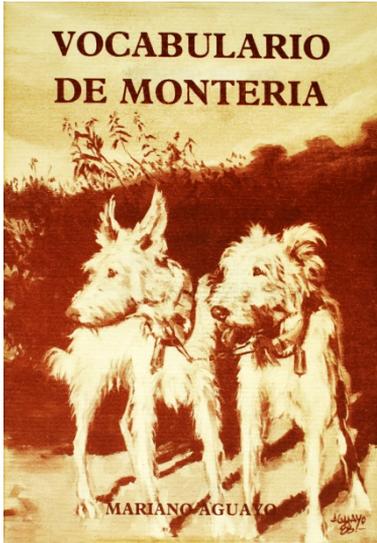
Rememora después Aguayo su llegada al columnismo y lo que para él supuso de escuela periodística. También su preocupación por el lenguaje, que le llevó «a ir fichando palabras». Así, recordaba, inició desde el diario *Córdoba* una labor perseverante de rastreo semántico que desembocó en un

---

<sup>37</sup> *Ibid.*, (cf. nota 2), p. 95.

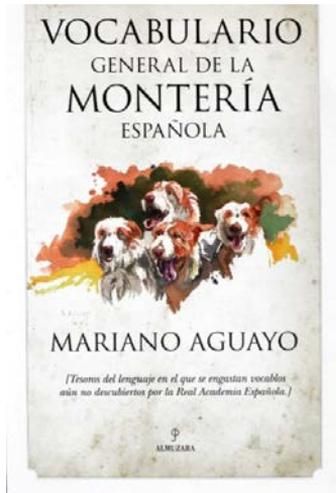
<sup>38</sup> *Ibid.*, pp. 95-96. Para ilustrar su vena lírica, Aguayo incluye en el trabajo académico tres poemas inéditos —de hecho, nunca ha publicado poesía—. Son los titulados: «Dios de mi infancia», «La tormenta» y «La inevitable ausencia», y todos están transidos de amor a la naturaleza, con la que desea fundirse en la hora del adiós, y cierto toque panteísta, sobre todo el primero.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 97.



*Vocabulario de la montería* (1988) y *Vocabulario cordobés del monte y la montería* (2001).

*Vocabulario cordobés del monte y la montería*<sup>40</sup>. Publicado en 1988, en él se completa la definición de cada palabra con una frase que la utiliza. Tuvo una segunda y muy cuidada edición revisada en 2001, a cargo de la Universidad de Castilla-La Mancha. Y más tarde, en 2010, aparecería un *Vocabulario general de la montería española*<sup>41</sup>, editado por Almuzara. Todos estos diccionarios están ilustrados al inicio de cada letra del abecedario con dibujos del autor, que ya desde la solapa de aquella primitiva entrega explicaba las razones que lo movían a compilar el léxico:



*Vocabulario general de la montería española* (2010).

<sup>40</sup> AGUAYO, Mariano: *Vocabulario cordobés del monte y la montería*. Córdoba, Ediciones Retamar (Librería Luque), 1988. Se trata de una autoedición del autor junto a su hermano Fernando. De este libro existe una segunda edición, a cargo del Servicio de Publicaciones de la Universidad Castilla-La Mancha, fechada en 2001 en Cuenca, en pasta dura y formato de lujo, que fue financiada por el Banco Santander.

<sup>41</sup> *Id.*: *Vocabulario general de la montería española*. Córdoba, editorial Almuzara, 2010. Este diccionario lleva como subtítulo: «Tesoros del lenguaje en el que se engastan vocablos aún no descubiertos por la RAE».

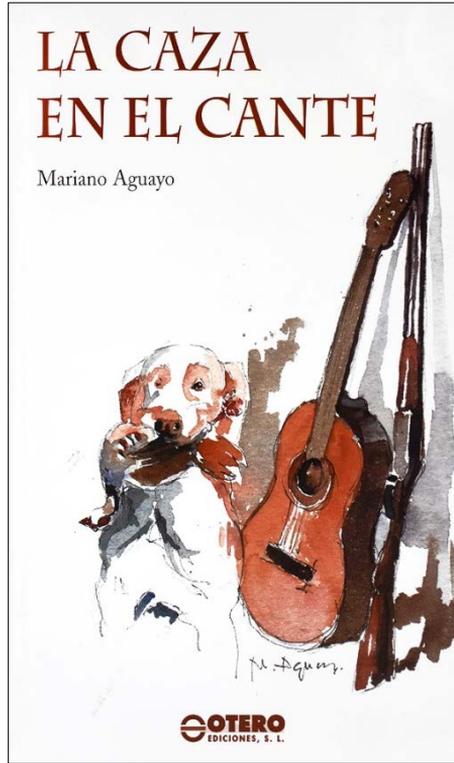
Cuando todas las gentes de nuestras sierras hayan estado durante unas pocas generaciones atentas a las pantallas de televisión, el lenguaje se habrá uniformado. Y puede ser que todos hayan aprendido desde la cuna a hablar con corrección. Pero ¿quién dirá para entonces espesinal o cujón, arocho, harpir o entesterado? Este trabajo quiere contribuir a que palabras como éstas, que forman parte de nuestro patrimonio cultural, no se pierdan<sup>42</sup>.

Aparte de su trabajo de ingreso, constan otras dos intervenciones académicas de Aguayo en el *BRAC*. Una en el marco de una Jornada en torno a la figura de Aurelio Teno, celebrada en la casa-taller del escultor en el antiguo monasterio de Pedrique, en la que desarrolla aspectos de la obra del artista de Los Pedroches relacionados con el arte de la cetrería<sup>43</sup>. El otro trabajo fue el ya citado «La caza en el arte», de 2007, en el que el académico lo mismo se remonta a las cuevas de Altamira que a Velázquez o Goya pasando por Durero como ejemplos de la más alta expresión plástica de las emociones cinegéticas. En cuanto a la literatura, recuerda el escritor que la caza está ya presente en el primer poema épico en lengua castellana, el *Cantar de Mio Cid*, reaparece con el marqués de Santillana y ni el mismo Machado «escapa en *Campos de Castilla* a la sugestión del cazador» («Tras los montes de violeta / quebrado el primer albor: / a la espalda la escopeta, / entre sus galgos agudos / caminando un cazador», del poema «Amanecer de otoño»). Finalmente, como buen aficionado que es al flamenco —en 2004 había reunido más de doscientas letras en el libro *La caza en el cante*<sup>44</sup>— analiza el vínculo existente entre asuntos «tan arraigados —proclama— en nuestra más ancestral cultura».

<sup>42</sup> *Id.*: *Vocabulario cordobés del monte ...*, *op. cit.* La primera edición cuenta con el prólogo —reproducido luego en la segunda— de Alfonso de Urquijo, quien justifica así la oportunidad del vocabulario: «La belleza de los términos populares, lo bien que se ajustan a lo que quieren designar, lo eufónicos que muchas veces resultan, creo que aconsejan recolectarlos e intentar que no se pierdan» (p. 10).

<sup>43</sup> *Id.*: «Aspectos cinegéticos en la obra de Aurelio Teno», *BRAC*, 126, enero-junio 1994, pp. 31-32. Refiriéndose a la obra de Teno «Halcón de cetrería», de 1981, Aguayo la describe en tono poético: «Cuando una rapaz en su vuelo se interpone entre nosotros y el sol, hay un momento de deslumbramiento en que las alas cubren la luz pero ésta nos sigue cegando a medias. Es una belleza inaprensible, insostenible, fugaz. Y allí parece que hubiera estado Aurelio Teno, viendo el águila pero con el pensamiento ya puesto en sus materiales. En sus bronce, en sus cuarzos, en sus metales preciosos».

<sup>44</sup> *Id.*: *La caza en el cante*. Madrid, Otero Ediciones S.L., 2004. Esta obra tuvo en 2003 un antecedente en autoedición no venal, un librito-joya de 45 páginas del que se tiraron 90 ejemplares a modo de felicitación navideña a la familia y amigos.



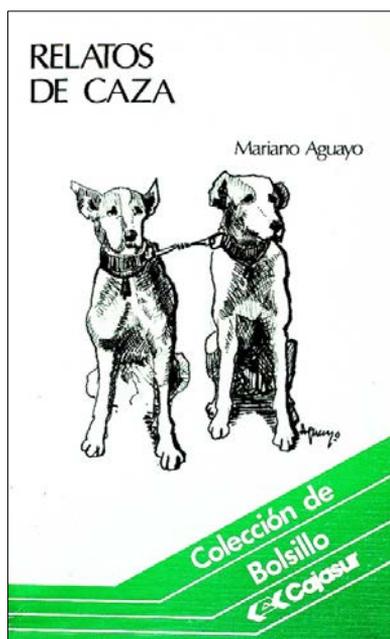
*La caza en el cante* (2004).

## ENTRE DOS AMORES

La bibliografía venatoria de este «gran narrador de la montería española del siglo XX», como lo define su hijo Mariano, abarca muchos más títulos que los ya mencionados. En realidad, el campo y sus pequeñas y grandes pasiones impregnan toda su prosa, incluso la de ficción, donde la naturaleza ensancha siempre el horizonte hasta cuando la acción transcurre en el ámbito urbano. El diccionario era su segundo libro. En 1986, coincidiendo con sus primeras publicaciones en prensa, había dado a la imprenta *Relatos de caza*<sup>45</sup>, un ramillete de cuentos —todos anclados en la realidad

<sup>45</sup> *Id.*: *Relatos de caza*. Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros, Colección de Bolsillo, 1986. Es significativo que esta obra iniciática la dedica el autor a su esposa, otra gran montera, y lo hace en estos términos: «Las mujeres verdaderamente aficionadas a la caza mayor pueden contarse con los dedos de las manos. A una de estas monteras, dispuesta a cazar con frío, con agua o como sea, capaz de estar puesta tres horas a ver si cuatro perretes sacan un marrano, a Fernanda, mi mujer, dedico este libro».

más cercana al autor— con el que empezó a cogerle el gusto a la narrativa. Estos 29 relatos, breves pero de largo aliento, están prologados por quien Aguayo siempre ha considerado el espejo en el que mirarse, el escritor cordobés Juan Luis González-Ripoll, ya por entonces de prestigio cimentado gracias a varios libros, pero sobre todo a su novela *El dandy del lunar*, que había quedado finalista del Premio Nadal 1981<sup>46</sup>.



*Relatos de caza* (1986).

<sup>46</sup> La primera publicación de González-Ripoll, *Narraciones de caza mayor en Cazorla* (1974), ya recreaba ese universo alejado de tecnicismos donde poco o nada se habla de caza, sino que prevalecía el retrato de personajes clásicos del entorno rural, desde pastores a bandoleros y furtivos. Un paisanaje y unos ambientes afines a los gustos de su «ahijado» literario, a quien describe como «un aristócrata por la sangre y por el espíritu, y eso se refleja en la finura de su prosa, enormemente jugosa y penetrante, en la que se desliza suavemente, con el aparente desaliño de las cosas que salen bien sin esfuerzo». Y es que González-Ripoll no ve a Aguayo «preocupado en exceso por el estilo, y eso tenemos que agradecerle —ironiza—. Cuando un señor se pone a la máquina y dice: ahora van ustedes a ver lo que es bueno, hay que echarse a temblar». De este modo, y éste será un rasgo característico de toda su obra, con las palabras justas, las que verdaderamente se suelen emplear en el lenguaje coloquial de la gente de la sierra, Aguayo deja hablar a los personajes «a su aire, a su manera, sin interferirles, dándole hilo a la cometa». (Frasas entresacadas del prólogo del citado libro, a cargo de Juan Luis González-Ripoll, pp. 5-7).

La experiencia le llenó tanto que a partir de entonces Aguayo se dividió entre dos amores: la pintura, que era su fuente de ingresos, la que le daba para vivir, y la escritura, con la que disfrutaba tanto que le daba la misma vida.

El éxito de *Relatos de caza*, reeditado por Otero diez años después, en 1996, le animó a seguir los pasos emprendidos con nuevas entregas en cuestión de letras venatorias. En 1991 aparece *Montear en Córdoba*<sup>47</sup>, un libro de memorias ordenado en once rutas —que denomina «trancos»— en el que se describen cotos de caza mayor, lances y sucedidos, se fijan datos históricos y se pasa revista a casi todas las personas que cuentan en el variopinto mundo de la sierra. Ilustran tan amenos recuerdos más de 230 fotografías, tanto del álbum familiar del propio autor como aportadas por muchos de los monteros que desfilan por estas páginas. Las mismas, al trazar los caminos de la Sierra Morena cordobesa pretenden, según anuncia Aguayo en el prólogo, rendir homenaje a su bisabuelo materno, Teodomiro Ramírez de Arellano, que hizo lo propio con el callejero de esta ciudad en sus *Paseos por Córdoba*.



*Montear en Córdoba* (1991) y *Con mi gente y otras narraciones de caza* (1992).

<sup>47</sup> AGUAYO, Mariano: *Montear en Córdoba*. Córdoba, Obra Cultural de la Caja Provincial de Ahorros, 1991. Subtitulado «Memorias de mi sierra», el libro tuvo una segunda edición en 1993.

Le siguió luego en 1992 *Con mi gente y otras narraciones de caza*<sup>48</sup>. Se trata, como el mismo título indica, de otro libro de relatos por el que pasan personajes con mayor interés por su humanidad que por las situaciones que protagonizan. Monteros, furtivos, perreros vuelven a estar tratados con naturalidad en un lenguaje sencillo y rico, escrito desde la añoranza de una sierra todavía solitaria y bronca. En el año 2000 aparece *La montería*, libro que dedica a González-Ripoll («mi maestro, mi amigo»). Ilustrada con viejas fotos sepias —llaman la atención las antiguas caballerías con sus atalajes—, esta nueva obra ofrece sabrosos textos de sencilla erudición y aroma nostálgico a las monterías de antaño. En cinco capítulos separados por sus respectivas portadillas e ilustrados con dibujos, son detallados todos los momentos de un día de monte, desde las vísperas al remate de la mancha, redactados como una especie de legado que dejar a los jóvenes. Así lo expone en el prefacio:

Como he escrito pensando muchas veces en los nuevos monteros, puedo parecer dogmático. No es ésa mi intención porque, cuantos más años pasan, más convencido estoy de que ha sido muchísimo lo que me ha quedado por aprender. Pero, a lo mejor, alguien que quiera comenzar esta hermosa aventura de la montería saca provecho de mi experiencia. Y eso, ya, sería una satisfacción para mí<sup>49</sup>.

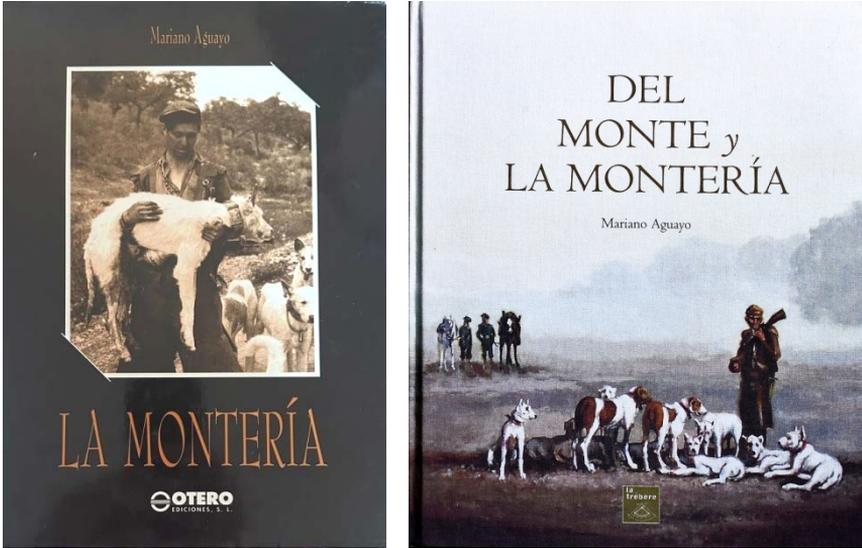
Once años después verá la luz un libro más de parecido título e intenciones, *Del monte y la montería*<sup>50</sup>, pero esta vez a tamaño de enciclopedia (24,5 x 29 cm.) profusamente ilustrada y con encuadernación a todo lujo sobre tela impresa. Una magna obra, pues, destinada a dejar constancia escrita de una tradición abocada a desaparecer. Y siempre en un estilo libre, erudito, ameno y cargado de belleza. El mismo que había acompa-

<sup>48</sup> *Id.*: *Con mi gente y otras narraciones de caza*. Madrid, Otero Ediciones SL, 1992. Son 23 relatos ilustrados por el autor con magníficos dibujos a sanguina.

<sup>49</sup> *Id.*: *La montería*. Madrid, Otero Ediciones SL, 2000. Cuenta el autor en el prefacio que concibió el libro como un álbum de fotos antiguas sin más textos que los pies correspondientes, pero que su editor, Juan Jesús Cillán, le convenció de que narrara una montería desde el principio al final y luego ilustrara este documento para la historia con tan bellas imágenes.

<sup>50</sup> AGUAYO, Mariano y AAVV: *Del monte y la montería*. Madrid, La Trébere, 2011. Es una edición de 550 ejemplares, estando el número 0 reservado al entonces Príncipe de Asturias, Felipe de Borbón. Acompañan los textos de Aguayo otros de los marqueses de Laserna, del Borghetto y de Valdueza, y de Mariano Aguayo Fernández de Córdoba, Juan Béjar y César Fernández de la Peña, así como una amplia bibliografía debida al conde de Priego.

ñado antes *Los perros y yo*<sup>51</sup> (2002) y su prolongación, *El gran libro de la rehala*<sup>52</sup> (2009), donde el autor se exhibe sobre el aspecto de la montería que más le apasiona, la emoción que proporciona esa viejísima relación establecida entre perro y cazador.



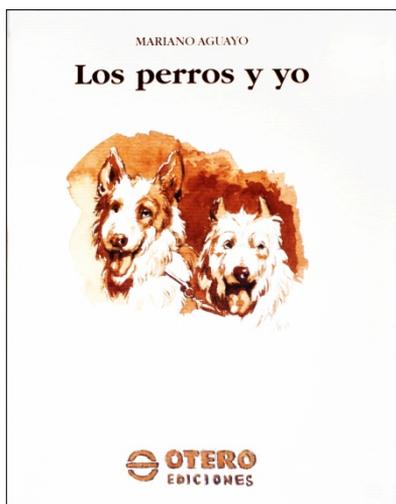
*La montería* (2000) y *Del monte y la montería* (2011).

Completan la narrativa cinegética otro libro de lujo y gran formato, *Estirpe Cárdenas* (2011), escrito por encargo de esa yeguada, y varias coautorías: *El ciervo en Sierra Morena*, *Veinticinco años de escopeta y pluma*, *El futuro de la caza* y *Al son de las caracolas*. Esta última publicación es una auténtica curiosidad, editada a modo de capricho para coleccionistas. Nació movida por el afecto familiar, pues se publica en 2015, cuatro años después de que Aguayo sufriera el ictus que le robó la escritura, cuando su hijo Mariano,

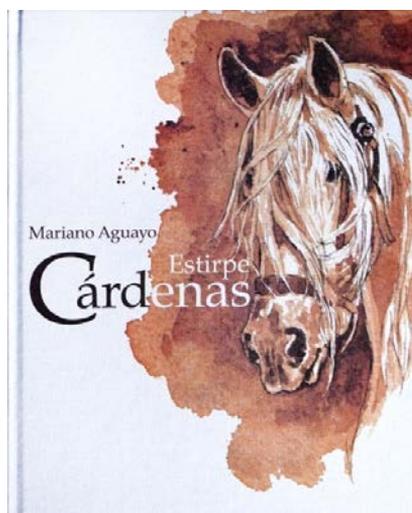
<sup>51</sup> AGUAYO, Mariano: *Los perros y yo*. Madrid, Otero Ediciones, 2002. Como casi todas las obras del escritor, ésta se ofrece bellamente ilustrada con dibujos a sanguina que llevan su firma. De ella escribió RODRÍGUEZ, Florencio: «Mariano Aguayo sólo le reprocha a los perros que no hablen —por asuntos de ajustes—, pero él, que tan bien los conoce, les tapa el defecto relatando con ritmo y precisión las excelentes ladras de los podencos, los mastines o los cruzados levantando la caza» («Los perros de Aguayo», en diario *Córdoba*, 31 de diciembre de 2002).

<sup>52</sup> *Id.*: *El gran libro de la rehala*. Córdoba, Almuzara, 2009. Se trata de un libro de gran formato y edición muy cuidada, ilustrado con fotos antiguas y reproducciones a todo color de sus cuadros de perros.

que siguiendo los pasos del padre ya escribía en *Trofeo*, decidió compendiar los últimos artículos de aquél junto a los primeros suyos. En estos textos postreros luce el narrador que siempre fue; escritos con gracia y abundancia de anécdotas, son una lección impartida sin ínfulas ni pedantería, pedagogía de la buena para futuras generaciones e inventario de costumbres para los contemporáneos.



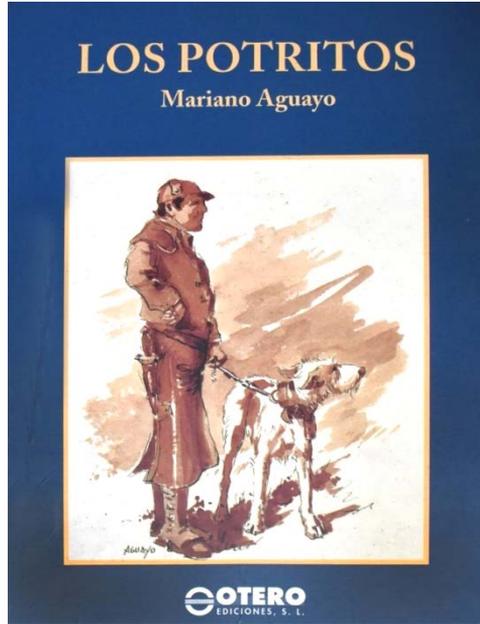
*Los perros y yo* (2002) y *El gran libro de la rehala* (2009).



*Estirpe Cárdenas* (2011).

## LOS POTRITOS, EL DEBUT EN LA NOVELA

Aunque como hemos visto Mariano Aguayo se tomó su tiempo antes de echarse en brazos de la escritura, lo cierto es que no tardó demasiado en atreverse con una novela, de más fuste y complejidad que los relatos. *Los potritos*<sup>53</sup>, de 1997, su debut en el género, era el quinto libro que publicaba y respondía a una historia que desde hacía tiempo le rondaba por la cabeza. En ella se mezclan amor, honor y celos en un relato con tintes de tragedia clásica ambientada, cómo no, entre paisajes rurales y paseos por la Córdoba profunda del barrio de San Pedro, dos escenarios arraigados en la cartografía sentimental del



*Los Potritos* (1997).

autor. Pero *Los Potritos* —título que aquí no se refiere a crías de caballo sino al apodo que dan en el ficticio pueblo de Villalba del Río a los tres hermanos protagonistas de la ficción— va más allá. Es también una historia, tierna y tremenda a partes iguales, sobre ricos y pobres que deja el mensaje optimista de que es posible la amistad entre clases, o al menos la lealtad entre buenas personas de ambos mundos.

El relato arranca en el presente, pero pronto se remonta a muchos años atrás. Todo comienza en la tertulia mañanera de una venta de carretera, en la que participan gente del campo y señoritos, quienes al calor de una copa de aguardiente comparten cierta camaradería a pesar de la distancia social que los separa. Uno de esos dueños de fincas es el narrador, se supone que *alter ego* del propio Aguayo, quien entabla conversación con un tal López, el encargado de Los Mochos, propiedad de los Guzmanes. En la charla surge el recuerdo de un fuego sobrevenido un otoño muy seco de tiempo atrás durante una montería en otra finca, que el narrador achaca al descuido de algún fumador. Pero este incendio destapó una sorpresa aún más dramática: la aparición del cadáver semiquemado de don Senén, un mal

<sup>53</sup> *Id.*: *Los potritos*. Madrid, Otero ediciones, 1997.

hombre de Villalba, cazador bien conocido por todos los aficionados, cuya muerte justificó el forense por la embestida del marrano que cazaba, un navajazo que le seccionó la femoral.

Sin embargo, esta historia se revelaría en su verdadera dimensión posteriormente, cuando López se presenta al atardecer en la finca de su contertulio para confesarle, rompiendo un silencio de tres décadas, lo que verdaderamente pasó aquel día. Un hallazgo espeluznante del que fue testigo directo cuando valoraba los daños del siniestro junto a don Román, el propietario afectado, el crimen silenciado con el que se zanjaba una pendencia cuyo origen se remontaba a muchos años antes. Y le cuenta la historia de Pedro, Juan Bautista y Bienvenido, del que luego se sabrá que es él mismo, desde que comienzan a corretear por las calles del pueblo hasta que la deshonra y la venganza anidan en Los Potritos. Una familia muy humilde a la que dio trabajo y protección otra vecina y rica, la de los Guzmanes, cuyo hijo Tito —don Fernando ya de mayor— compartía juegos con los muchachos desarrapados y entabló con ellos una amistad para toda la vida, aunque, eso sí, cada uno en su sitio.

Con frases de sintaxis sobria, casi siempre breves, y palabras precisas, el novelista no rehúye pasajes muy duros que recuerdan al Cela de más descarnado naturalismo, el de *La familia de Pascual Duarte*. Así describe el cadáver encontrado entre los rescoldos:

Era un hombre corpulento. Tenía las calzonas desgarradas y desde el vientre abierto se desparramaban restos de los intestinos. Por la cazadora de cuero renegrida asomaban los muñones de las manos. La cabeza estaba dos o tres metros más abajo, en la caja del arroyo. Roída, enseñaba la dentadura y las mandíbulas. No tenía orejas. Don Román se puso a vomitar<sup>54</sup>.

Pero no suele florecer la negrura en la novela. Ni siquiera cuando toca asuntos espinosos como la prostitución o los cuernos. Lo más frecuente es que surja el escritor ya conocido de artículos y relatos costumbristas, el Aguayo que gusta de recrearse en hábitos de antaño que aligeran el argumento con un puntito de melancolía. Como cuando describe las diversiones infantiles:

Los juegos de las siestas eran tranquilos. En el frescor de los portales cambiábamos cromos o nos los jugábamos, colocándolos boca abajo y palmeándolos. Ganaba el que los volvía. O echábamos un pulso a

---

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 11.

la gata parida, sentándonos por equipos, espaldas contra espaldas, en las gradillas y apretando hasta hacer saltar a los contrarios. Todo pasaba en verano suavemente, casi en silencio, y, hasta la caída de la noche, renunciábamos a las violentas carreras del tulallevas o de los cuatro cantillos<sup>55</sup>.

O le pone gracejo hasta arrancar la sonrisa del lector, como en esta escena de los criados desarrollada en la cocina de la «casa grande» mientras juegan en la mesa camilla a cantarse las cuarenta con las cartas heredadas de los señores cuando ya estaban mugrientas:

-Tú, Juan Bautista, no levantes las enaguillas sin avisar, que eres un fresco.

-Mujer, Rafaela, si es que iba a echarle una firmita al brasero.

-Pues antes de asomarse por debajo de la mesa se dice Ave María Purísima, como es costumbre, y una ya sabe a qué atenerse.

-Eso, para que os pongáis las faldas por los tobillos.

En otros momentos el escritor vuelve por lugares queridos de su infancia o directamente relacionados con su familia, como es el caso de la Corredera, «la plaza grande», que describe en boca de Bienvenido «tal como estaba cuando la ocupaba casi entera el mamotreto de hierro —afirmó en una de las entrevistas que le hice— que por cierto se colocó siendo alcalde mi abuelo Eduardo, cosa que le echábamos en cara a la pobre de mi madre»<sup>56</sup>.

Allí acudían gentes de todos los barrios con dineros frescos y, al olor de los hierros, se formaba una remolina que era para vista. Aparte de la gente honrada que venía a ofrecer sus hortalizas (...) o cualquier cosa que menester fuera para el abastecimiento de las familias, había muchos saltalindes que se pasaban las mañanas haraganeando, buscando algún primo al que sacar los cuartos (...). Todos aquellos cachibucheos daban juego a los alrededores (...) que siempre estaban llenos de trajinantes, chiquillos, faeneros, soldados, cocineras, timadores, hortelanos y trileros que formaban una bullanga gritadora, presurosa y llena de color<sup>57</sup>.

Queda claro que *Los Potritos*, en fin, aparte de ofrecer una trama —no es cuestión de destriparla por si ustedes desean leerla— que se lee con interés hasta la última página, se recrea en un lenguaje popular rico y probablemente desconocido para las nuevas generaciones de cordobeses, que

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 27.

<sup>56</sup> LUQUE, Rosa: «Córdoba ha dado la vuelta...», entrev. cit., p. 20.

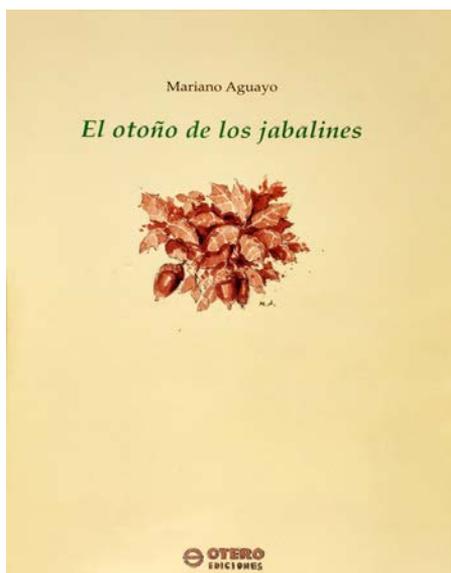
<sup>57</sup> AGUAYO, Mariano: *Los Potritos*, op. cit., pp.52-53.

queda aquí sujeto para que no se pierda del todo: espinchacar (estropear), espetar (cotillear), pucheretes (abalorios), delanterillo (hombre maduro), apechusques (ajuar del cazador) y tantos otros salvados de la globalidad y su tabla rasa. Aguayo en estado puro.

### *EL OTOÑO DE LOS JABALINES, LOS POTRITOS Y MUCHO MÁS*

---

A Aguayo aquella primera incursión en la novelística le supo a poco. Durante bastante tiempo barajó la idea de escribir una especie de segunda parte de *Los Potritos*, por el cariño que había cogido a los hermanos López, pero la historia que le dio forma tardó ocho años en ver la luz. Así, en 2005 se publica *El otoño de los jabalines*<sup>58</sup>, lo que hoy llamaríamos copiando a los anglosajones un *spin off* de aquella primera narración larga, con técnica más depurada y madura. Quien lea esta secuela encontrará personajes ya conocidos como Bienvenido, ahora casado con Conchita, la criada de la casa grande que lo enamoró, y padre de Pedro, un zagal espabilado; su hermano Juan Bautista, otro Potrito que ya tuvo un papel crucial en la primera novela y aquí alarga discretamente su sombra hasta acabar convertido, ya hacia el final, en el principal protagonista.



*El otoño de los jabalines* (2005).

---

<sup>58</sup> *Id.*: *El otoño de los jabalines*. Esta segunda novela del escritor se publica en Madrid, Otero Ediciones SL, 2005.

Y está también, aunque en un segundo plano, don Fernando Guzmán, aquel bondadoso Tito, el niño rico que de mayor sigue amparando a los Potritos. Ampara a Bienvenido, al que conserva a su servicio como casero en su finca Los Mochos, y sobre todo a Juan Bautista, que había sido su perrero, y a quien facilitó la huida tras los oscuros sucesos y un acomodo digno en Las Landas francesas, donde montó un restaurante. De allí vuelve catorce años después, aplacado por la edad pero todavía valiente y seductor, para retomar junto a los suyos la vida a la que tuvo que renunciar.

Pero ésta es ante todo la historia de Gabriela, mujer cabal y consciente de su lugar en el mundo cuya rotunda belleza desencadena la tragedia muy a su pesar. Ella, y la disección del alma femenina demostrada por el escritor, inundan el texto de olor a jazmines, más potente esta vez que el de las flores campestres. Gabriela, casada con un pobre hombre, Emeterio, y convertidos ambos en venteros para subsistir, pertenece a la familia de Los Vinagres, una de las más conocidas sagas entre los piconeros cordobeses del barrio de Santa Marina. También ella, piconera de niña acompañando a su padre, ve cómo por azares de la vida pasa de la pobreza extrema a una riqueza sobrevenida que le proporcionará algo con lo que nunca soñó: el acomodo entre el señorío cordobés, aunque no su respeto.

Seguimos su trayectoria marcada por la pobreza, la violencia y la soledad, pero también el amor y la autoafirmación. Los personajes de la novela son sólidos, apasionados y fuertes. Están forjados en la necesidad porque, como dice Juan Bautista a Gabriela,

Nosotros, los apegados a la sierra, los que hemos sabido en nuestra carne lo que es la miseria, pertenecemos a una casta dura, correosa, que aguanta mucho. Lo sufrimos todo para poder sobrevivir (...). Tenemos que rebuscar, arañar, aguantar, apurar, bregar. Como los jabalines. Pero, como los jabalines, acabamos usando las navajas si nos acosan queriéndose meter en nuestro terreno y ahogándonos las salidas<sup>59</sup>.

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. 136. En los pasajes ambientados en la sierra, esta narración, como *Los Potritos*, es un canto a las monterías antiguas y una crítica a los nuevos usos que según el autor —cuyos pensamientos pone en boca de don Fernando— las han desvirtuado «y le han quitado el encanto» (p. 189). «A ti lo que te pasa, Fernando —le replica Ángel Aranda, uno de los que han convertido la caza en negocio— es que quieres anclarte en el tiempo. Que eres un romántico. Estamos en un momento en que, gracias a la demanda de monterías, se han cercado las fincas, se han mejorado los trofeos, se matan más reses que nunca».

Como «marca de la casa», la narración se desarrolla entre dos escenarios. Uno, el de la montería, que va sufriendo una transformación paralela a la de los propios hombres y mujeres de la sierra. El otro, Córdoba, su casco antiguo, que es la niña bonita de Aguayo. Esta vez ya no es el barrio de San Pedro el escenario principal, aunque, como algo parecido a un guiño privado, el escritor pone a pasear al recién llegado Juan Bautista, como si del Quintín barojiano de *La feria de los discretos* se tratara, por los viejos lugares («La plaza de la Almagra, la calle Almonas, la Espartería estaban como desangradas —describe el narrador—, sin el gentío que él recordaba de sus tiempos mozos. Y la Corredera, abierta al cielo, sin el viejo armazón que dejaba recoletos los portales, parecía desolada»<sup>60</sup>).

Ahora los personajes se mueven por Santa Marina, donde acoge a Gabriela y sus dos hijos pequeños la familia cuando el marido, por defenderla del acoso de otro piconero, de la rama de los Quemaos, lo mata y va a parar a la cárcel, donde morirá enfermo. Y de Santa Marina a San Andrés, y del oficio humilde de los que viven de hacer picón en la sierra a otro igualmente enraizado en la tradición cordobesa, el de la platería. En una buena casa del barrio sitúa Aguayo la vivienda y el taller de Rafael García Conde, un industrial maduro y de posibles que se enamora hasta las trancas de una Gabriela que, ya metida a pulidora, lo visita para cobrar su trabajo. Hasta que, ya viuda, accede a los requiebros —siempre elegantes— del joyero y se instala con su amante sin esperar de él más que afecto. Sin embargo, consigue mucho más, nada menos que toda su fortuna, que hereda tras la repentina muerte de Rafael, para escándalo de las sobrinas de éste y, en general, de la buena sociedad cordobesa. Hipócrita y aprovechada según la dibuja el autor, especialmente implacable contra quienes medran para sacar tajada de los advenedizos. Y ahí empieza una nueva existencia para la protagonista y sus hijos, que no reviento para que lean la novela.

En ella el estilo de Aguayo sigue siendo el mismo de siempre, fresco y de sintaxis muy limpia. Tampoco renuncia a esa fuente de sabiduría popular que nutre todos sus escritos, con sus viejas palabras cordobesas (empenolado, solliscarse, apencar, zurriagazo, espinchacar...) y sus refranes («candilitos en el cielo, charquitos en el suelo», «si las orejas sacude la bu-

---

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 13. Tampoco faltan descripciones de Santa Marina, sobre todo como barrio torero: «De allí salieron casi todos los grandes de Córdoba (...). En Santa Marina todos llevaban dentro el mito del toro. Allí fue una conmoción la muerte de Manolete» (p. 44).

rra, agua segura»). Pero se aprecia una madurez narrativa en la trama, compleja y bien resuelta con aparente facilidad —porque hay que ver lo difícil que resulta que algo parezca fácil sin serlo— y la sensación de que Mariano Aguayo cada vez se siente más a gusto en el género novelístico.

### QUERIDA TÍA LUISA, SU NOVELA PREFERIDA

De hecho, no tarda en aparecer su tercera novela, *Querida tía Luisa*<sup>61</sup>, que atrajo el interés de la editorial Almuzara en 2006, lo que le garantizó una promoción comercial y mediática de la que habían carecido las dos primeras. Esto, unido a la indiscutible calidad de la narración, con una prosa sencilla pero adictiva, que lo mismo traza profundos retratos psicológicos que sentimientos y pasiones descritos con elegancia, hace que quizá estemos ante la novela más valorada de Mariano Aguayo, la que llegó a más lectores y, no sé si por estas u otras razones, la preferida del autor. Por vez primera rompe por completo con el tema de la caza, y aunque hay páginas a las que se asoma la naturaleza —que aquí no es la sierra sino cortijos de labor—, ésta queda tratada como recurso poético, casi pictórico, la caricia del paisaje que enmarca a los personajes. «Siempre recordaré las figuras de mi madre y tía Luisa envueltas en la luz dorada del crepúsculo —evoca el protagonista— sin nada al fondo, sólo el cielo enrojecido y los ondulados planos sin fin de la campiña».



*Querida tía Luisa* (2006).

<sup>61</sup> AGUAYO, Mariano: *Querida tía Luisa*. Córdoba, Almuzara, 2006. En una entrevista publicada en el diario *Córdoba* el 9 de febrero de 2006, firmada por Antonio Rodríguez, Aguayo explica la razón del cambio de la editorial Otero, que había publicado casi todos sus libros hasta ese momento, por Almuzara: «Al ser una novela de temática ajena a la caza ha sido pertinente cambiar de editor, ya que el mío habitual es especialista en temas de caza. De modo que me lo han puesto muy fácil y la promoción está siendo muy buena».

Aguayo siempre ha reconocido que escribe sobre cosas que conoce muy bien, y este libro no es una excepción. En *Querida tía Luisa* no se habla ni remotamente de caza, pero sí de otro asunto vinculado al ADN del escritor, la nobleza y grandes apellidos cordobeses, pues es una vez más Córdoba —y en parte la Sevilla de los años cuarenta del pasado siglo— el escenario donde se desarrolla la acción. Tan ligada a la biografía personal de Aguayo («todo lo que cuento es cierto menos la historia de amor puro»<sup>62</sup>, llegó a decir en una entrevista) que le supuso más de un disgusto por parte de parientes que se sintieron aludidos en lo que se contaba, por más enmascarados que se presenten nombres y circunstancias en la ficción.

La misma está narrada en primera persona por el protagonista, Alfonso Saavedra, un anciano escritor de ilustre familia tan en declive como él mismo, especie de personaje lampedusiano, magnífico y conmovedor a la vez como el Gatopardo, quien ya en las primeras líneas anuncia una muerte inminente que activará sus recuerdos. Los de un niño de 7 años que en plena postguerra envían sus padres a la casa sevillana de tía Luisa, la bella hermanastra del padre, y de su marido Nicolás, un matrimonio pudiente que le proporciona un buen colegio —el de los Jesuitas, con lo que el paralelismo con el propio Aguayo no puede ser más claro— y una vida regalada que en Córdoba no iba a tener. Y así, con la larga decadencia de una vieja y aristocrática familia cordobesa como telón de fondo<sup>63</sup>, un niño se siente atraído por su tía y, conforme crece, el primer afecto filial se va transformando en un amor platónico que sólo se atreve a mostrarse en sueños, mientras persevera en sus otras querencias, los libros y la escritura.

Toda la acción de esta tierna novela fluye suavemente —hasta los pasajes de desolación y muerte, que rehúyen tremendismos—. Abundan, cómo no, las reminiscencias de viejos tiempos, tan propias de Aguayo, que alterna las descripciones de las grandes casas con escenas populares como

---

<sup>62</sup> RODRÍGUEZ, Antonio: «Sólo escribo sobre cosas ...», entrev. cit.

<sup>63</sup> AGUAYO, Mariano: *Querida tía ...*, op. cit., p. 95: «El poder y la gloria. Eso era lo que durante generaciones y generaciones había obsesionado a mis antepasados. Ellos se habían movido siempre dentro de unos moldes que les estaban esperando desde muchos años antes de nacer y, siendo fieles a esos principios, conseguían ser hombres de honor, ricos y poderosos. Hasta nosotros parece que sólo había llegado el honor». El tema de la decadencia aristocrática siempre ha sido objeto de interés del autor, quien en la citada entrevista a raíz de la publicación de *Querida tía Luisa* confiesa que la trama se le ocurrió pensando que «actualmente no existe ni una sola familia noble cordobesa que esté ocupando su casa. En Córdoba había 12 o 14 familias cruzadas entre sí, que eran las que regían la ciudad».

las ferias de Sevilla y de la Fuensanta en Córdoba y los carnavales, o faenas del campo antes de que se mecanizaran. Así dibuja la trilla:

Las cobras de mulas daban vueltas y más vueltas sobre la parva, que se iba rompiendo hasta poder meter el trillo, aquel divertido carricoche con muchas ruedas de hierro al que podía subirme durante horas. O quedarme al borde de la parva, escuchando los cantos del mulero y mirando extasiado el trote de las mulas que pasaban y repasaban<sup>64</sup>.

Y mientras, al calor del recuerdo, el anciano moribundo va revelando secretos celosamente ocultos en el seno de esas familias provincianas que se mueven entre sus casas de la ciudad y sus cortijos —es deliciosa la recreación de los veraneos infantiles en torno a la alberca y el viejo nogal—; clanes envueltos en encorsetadas e hipócritas costumbres y en una falta de adaptación a los nuevos tiempos que pone a prueba su supervivencia. Y está también el servicio, fiel a sus señores y apreciado por ellos —no es ésta una novela social—. De los criados se vale Aguayo para dar rienda suelta, aunque en menor medida que en sus otros libros, a esos vocablos y refranes tan nuestros que tanto le gusta inventariar. Adjetivos como «desinquieta» o «despatarrado» y otras palabras como «terendengue» o «alifafe» y expresiones del tipo de «se le ahumó el pescado» o «ser de pipa de algarroba» quedan de este modo a salvo del olvido.

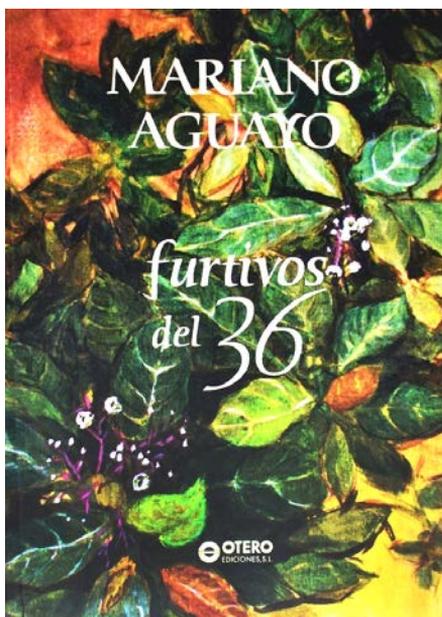
Pero *Querida tía Luisa* es ante todo una obra de personajes, muchos personajes de carne y hueso hábilmente trazados en todas sus aristas y alguna sombra romántica que reina desde un cuadro, el retrato de una misteriosa niña que sostiene una paloma en su regazo, tan importante para el narrador que la hace presidir la portada del libro. Y, como una protagonista más, la muerte, que da sentido a la vida y todo lo iguala, descrita y aceptada con absoluta serenidad.

#### *FURTIVOS DEL 36, LA AMISTAD EN DIAS DE IRA*

En su cuarta y última obra de ficción, también en parte autobiográfica aunque era un niño de 4 años cuando se desató el caos, Aguayo revive los tremendos días de ira sufridos al comienzo de la Guerra Civil en su Macondo particular, Villalva del Río; el pueblo imaginario que esta vez, frente a las referencias más difusas de las dos primeras novelas, apunta por claros indicios geográficos e históricos a la localidad cordobesa de Palma del

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 86.

Río, donde el escritor vivió hasta los 11 años. Está escrita en tercera persona y con voluntad de imparcialidad, hasta el punto de rezar como dedicatoria «A la memoria de la buena gente de derechas, a la memoria de la buena gente de izquierdas». Porque lo que se cuenta en *Furtivos del 36*<sup>65</sup>, novela aparecida un año después que la anterior, en 2007, es, en palabras de Antonio Moreno Ayora, que hizo una reseña para los «Cuadernos del Sur» del diario *Córdoba*<sup>66</sup>, «una realidad socio-histórica que el narrador describe con objetividad y desapasionadamente, apegándose al realismo y haciendo que predomine la narración frente al diálogo, colocado oportunamente para dar información directa y viva de los acontecimientos».



*Furtivos del 36* (2007).

De esta forma se entendió en Palma del Río esa pretensión de ecuanimidad, que iguala en la novela hasta los miedos («Era el miedo silencioso, que cada día los iba haciendo a todos un poco más miserables (...). Un duelo causado por unos o por otros. Fuera como fuera, todo el mundo

<sup>65</sup> AGUAYO, Mariano: *Furtivos del 36*, última de las cuatro novelas escritas por el autor, que aporta también la pintura que envuelve portada y contraportada. Madrid, Otero Ediciones SL, 2007.

<sup>66</sup> MORENO AYORA, Antonio: «Tiempos de ira y dolor», en diario *Córdoba*, jueves 20 de diciembre de 2007, p. 5 del suplemento cultural «Cuadernos del Sur».

tenía sus muertos que llorar»<sup>67</sup>). La presentación del libro en esa localidad contó con la asistencia de dos destacados socialistas, José Antonio Ruiz Almenara, a la sazón alcalde, y su predecesor en el cargo, Salvador Blanco, quien afirmó que «el autor no juzga, relata, coloca una cámara y retrata cómo la política entra en las vidas comunes»,<sup>68</sup> a la vez que alabó el despliegue de conocimientos sobre la ciudad y la recuperación de esa parte de su memoria histórica.

Aunque por el título podría pensarse que el autor vuelve al tema de la caza, en realidad sólo lo toca tangencialmente y en su vertiente clandestina, la de los pajariteros furtivos que sacan un dinerillo a base de poner trampas y lazos por donde pueden. Ésa es la única fuente de ingresos de los amigos Andresillo el Monjo y Emilio Chirivitas, dos jóvenes *pillabichos* y *saltalindes* —el fino oído de Aguayo para lo castizo vuelve a ser fuente inagotable— y de sus madres, viudas, pobres de solemnidad y rojas como ellos. Ambos ven la solución a sus males en la victoria del Frente Popular, sin sospechar que, tras 40 días de moverse las izquierdas a sus anchas, iban a cambiar las tornas trágicamente para ellos y para medio pueblo. Lo contrario de lo que sucederá a los protagonistas del otro bando, el ingeniero de la presa Federico Galdón, que salva la vida de milagro en la quema del casino; Fuensanta, su esposa —personajes basados en los padres del escritor— y Carmen, la hija del matrimonio, que intercederá por la vida de los muchachos ante el capitán Joaquín Antares, jefe de las tropas rebeldes, con quien entabla una historia de amor imposible en tiempos revueltos. Y entre ellos, otros muchos hombres y mujeres cegados por el odio: terratenientes vengativos, guardas desalmados, milicianos sanguinarios y oportunistas arrimados al sol que más calienta.

Todos los papeles, principales y de reparto, están trazados con pluma maestra y emociones vibrantes. Porque como dejó escrito Xavier Trías de Bes sobre la novela, «todos los actores de *Furtivos del 36* son tremendamente reales, pues que cada uno de ellos es sentido de verdad por Mariano, quien se asentará con excelente nota en ese socialrealismo lírico en el que tan cómodo se mueve»<sup>69</sup>. Pero, a decir verdad, ese lirismo tan pro-

<sup>67</sup> AGUAYO, Mariano: *Furtivos...*, *op. cit.*, p. 125.

<sup>68</sup> MANZANO, Elisa: «Mariano Aguayo: En 1936 la gente actuó por condicionantes», en diario *Córdoba*, sábado 30 de junio de 2007, p. 59.

<sup>69</sup> TRÍAS DE BES, Xavier: «*Furtivos del 36* de Mariano Aguayo», en revista *Trofeo*, delegación de Cataluña. Barcelona, noviembre de 2007. Para quien más tarde fuera alcalde de Barcelona (2011-2013), que juzga ésta la mejor novela de Aguayo, el escritor es

pio de Aguayo en este caso atraviesa más su tesis conciliadora que las palabras y la acción que mueven la novela. En ella el lector se enfrenta a episodios durísimos ya desde las primeras páginas, como la tortura y asesinato de doña Marta, la boticaria beata, a manos de una patulea de exaltados, y otros muchos casos de crueldad generalizada tanto de milicianos como de militares y falangistas. Porque, apunta el narrador, se perdió el respeto a la muerte. «Por aquellos días podías escaparte de las zarpas de unos para caer en las de los otros. Como un ratón entre dos gatos»<sup>70</sup>. Y de este modo, apoyadas en frases cortas que agilizan la narración y en su rico vocabulario cordobés, alternan las escenas de dramatismo escalofriante con otras que denotan rasgos de humanidad e incluso humor, como un pequeño destello en la oscuridad (el episodio de cuernos del empleado de banca con Mariquilla la fea es desternillante). Y entre todas redondean un texto, de final tan tremendo como equilibrado, que deja al lector esperando con ganas la siguiente novela que nunca llegó.

No hubo una quinta novela, pero Mariano Aguayo continuó, eso sí, escribiendo otros libros, como ya se ha visto. Con lo que no se ha atrevido es con unas memorias, por considerar que «carecerían de importancia». Aparte de que —me comentaba la última vez que lo visité en su estudio, en febrero de 2023— esas memorias las había escrito «cada vez que redactaba un artículo o escribía libros, incluidas las novelas. Porque sólo he escrito de lo que conocía bien —resumió—, narrado siempre con naturalidad y sencillez, en el lenguaje de la gente común, y sabiendo que no hacía nada importante».

Y así, sin darse autobombo ni buscar trascendencia alguna ha llegado este dandy sereno y sabio a los 92 años, a base de vivir «bien y despacito». Aunque no ajeno a sinsabores de los que no le gusta lamentarse —al menos públicamente—. Porque no ha tenido que ser fácil moverse a contracorriente de modas y prejuicios sociales emparentados con lo políticamente correcto, como sus aficiones a la caza y los toros y el reflejo de éstas en su obra, constante y sin complejos.

---

«un clásico vivo, lo cual quiere decir que ya están fijos para siempre sus prestigios éticos, literarios y venatorios. Aguayo es pintor y escritor las veinticuatro horas del día».

<sup>70</sup> AGUAYO, Mariano: *Furtivos...*, *op. cit.*, p. 101. En una entrevista concedida al *Abc* («Córdoba es una ciudad resignada», domingo 19 de diciembre de 2010), a la pregunta de si «¿Aquello fue una historia de buenos y malos?», el escritor responde: «No, no. Yo pienso que todos somos buenos, pero hay circunstancias que nos llevan a hacer cosas que vistas con el tiempo horrorizan. En aquella época se veía normal. Fusilaban a un tío y decían que a Fulanito le han puesto un estanco».

Ha sido una apuesta por la independencia que no siempre se ha entendido, aunque Aguayo supo compensar la desatención de parte de la crítica y la oficialidad con un sustancioso éxito comercial. Nunca le faltaron clientes para sus cuadros y esculturas ni galerías donde exponerlos, al igual que contó con editoriales dispuestas a publicar sus libros. Y con todo, en la vertiente plástica y la literaria, fue configurando una obra diversa y coherente que le ha hecho feliz y hoy nos deja a modo de testamento.

Muchas gracias por su atención.

## BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROTECA

- AAVV. *Mariano Aguayo. 1961-2023*, cat. Córdoba, ed. del Ayuntamiento, Delegación de Cultura y Patrimonio Histórico, 2023.
- AGUAYO, Mariano: *Relatos de caza*. Córdoba, Servicio de Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros, 1986 y, en segunda ed., Madrid, Otero Ediciones SL, 1996.
- \_\_\_\_\_. *Vocabulario cordobés del monte y la montería*. Córdoba, Retamar, 1988. En segunda ed., Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2001.
- \_\_\_\_\_. *Montear en Córdoba*. Córdoba, Obra Cultural de la Caja Provincial de Ahorros, 1991.
- \_\_\_\_\_. *Con mi gente y otras narraciones de caza*. Madrid, Otero Ediciones SL, 1992.
- \_\_\_\_\_. «Mi propia obra», en *Boletín de la Real Academia de Córdoba (BRAC)*, 124, enero-junio 1993, pp. 95-99.
- \_\_\_\_\_. «Aspectos cinegéticos en la obra de Aurelio Teno», *BRAC*, 126, enero-junio 1994, pp. 31-32.
- \_\_\_\_\_. *ET ALII. El ciervo en Sierra Morena*. Córdoba. Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1994.
- \_\_\_\_\_. *ET ALII. Veinticinco años de escopeta y pluma*. Madrid, Lumefa, 1995.
- \_\_\_\_\_. *Los potritos*. Madrid, Otero Ediciones SL, 1997.
- \_\_\_\_\_. *La sierra, los lances, los perros*. Madrid, Otero Ediciones SL, 1998.
- \_\_\_\_\_. *La montería*. Madrid, Otero Ediciones SL, 2000.
- \_\_\_\_\_. *ET ALII. El futuro de la caza*. Madrid, Fundación Natura, 2000.
- \_\_\_\_\_. *Los perros y yo*. Madrid, Otero Ediciones SL, 2002.
- \_\_\_\_\_. *Vivir bien y despacito*. Madrid, Otero Ediciones SL, 2003.
- \_\_\_\_\_. *La caza en el cante*. Madrid, Otero Ediciones SL, 2004. Y en autoed. no venal, Córdoba, 2003.

- \_\_\_\_ *Textos líricos*. Madrid, La Trébere, 2005.
- \_\_\_\_ *El otoño de los jabalines*. Madrid, Otero Ediciones SL, 2005.
- \_\_\_\_ *Querida tía Luisa*. Córdoba, Almuzara, 2006.
- \_\_\_\_ *Furtivos del 36*. Madrid, Otero Ediciones SL, 2007.
- \_\_\_\_ «La caza en el arte», *BRAC*, 152, enero-junio 2007, pp. 63-66.
- \_\_\_\_ *Desde mi testero. Cosas de la sierra*. Córdoba, Almuzara, 2009.
- \_\_\_\_ *El gran libro de la rehala*. Córdoba, Almuzara, 2009.
- \_\_\_\_ *Vocabulario general de la montería española*. Córdoba, Almuzara, 2010.
- \_\_\_\_ *Del monte y la montería*. Madrid, La Trébere, 2011.
- \_\_\_\_ *Estirpe Cárdenas*. Edición numerada. Madrid, La Trébere, 2011.
- \_\_\_\_ y AGUAYO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Mariano: *Al son de las caracolas*. Madrid, La Trébere, 2015.
- ASENSI LIDÓN, Alfredo: «Que la caza no esté bien vista es un contrasentido cultural», entrev. en *El Día de Córdoba*, domingo 17-11-2002, p. 51.
- COST, Alfonso: «El color de las letras», en revista de arte *CÓRDOBAexpone*, 7, nov.-dic. 2013, p. 3.
- GONZÁLEZ-RIPOLL, Juan Luis: *El dandy del lunar*. Barcelona, Destino, 1983.
- \_\_\_\_ *Narraciones de caza mayor en Cazorla*. Madrid, Everest, 1974.
- LUQUE REYES, Rosa: «Córdoba ha dado la vuelta a su mentalidad como un calcetín, y creo que para mal», entrev. en *Córdoba*, domingo 30-1-2011, pp. 18-20.
- \_\_\_\_ «Mariano Aguayo. Volver a empezar», art. en *CÓRDOBAexpone*, 7, nov.-dic. 2013, p. 11.
- \_\_\_\_ «El nuevo Mariano Aguayo», art. en *Córdoba*, jueves 12-12-2013, p. 4.
- \_\_\_\_ «Los años fértiles», art. en *Córdoba*, jueves 9-6-2022, p. 26.
- \_\_\_\_ «Mariano Aguayo, el círculo se cierra», art. en *Córdoba*, jueves 26-6-2023, p. 25.
- MANZANO, Elisa: «Mariano Aguayo: 'En 1936 la gente actuó por condicionamientos'», inf. en *Córdoba*, 30-6-2007, p. 59.
- MORENO, Aristóteles: «Córdoba es una ciudad resignada», entrev. en *ABC*, domingo 19-12-2010, pp. 58-59.
- \_\_\_\_ «He vivido bien y despacito», entrev. en *ABC*, domingo 3-7-2022, p.
- MORENO AYORA, Antonio: «Tiempos de ira y dolor», en *Córdoba*, jueves 20-12-2007, p. 5 del suplemento. «Cuadernos del Sur».
- TRÍAS DE BES, Xavier: «Furtivos del 36 de Mariano Aguayo», art. en revista *Trofeo*, delegación de Cataluña. Barcelona, nov. 2007.

